



BIBLIOTECA POETICA



F. CONTRERAS
—
ROMANCES
DE HOY

GARNIER HERMANOS
PARIS

Romances de Hoy

FRANCISCO CONTRERAS

Romances de Hoy

BLANCA VARGAS TULLIO AGUIRRE

MARGARITA ARTIGAS

PRELIMINAR SOBRE EL ARTE DE HOY



PARÍS

GARNIER HERMANOS LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

PRELIMINAR

ORILE

EL ARTE DE HOY

Si es verdad que las escuelas literarias, como entidades dogmáticas con programa y bandera, no existen ya y, en cierto sentido, jamás han existido, verdad es también que ha habido siempre esas corrientes de ideas comunes, de sensibilidad unánime que se imponen á los artistas todos de un ciclo, aun á los de más opuestos temperamentos, con la fuerza de un deber y el prestigio de una orientación. Lo cual no es otra cosa que la imposición del ambiente intelectual, estudiada por Taine; la « conciencia religiosa de la época », de que habla Tolstoi.

El ambiente de la segunda mitad del siglo XIX, enrarecido por el idealismo de Hegel, viciado por el pesimismo de Schopenhauer, inflamado por la paradoja de Nietzsche, en que batiera sus alas de sombra el cuervo de Poe, precipitara su cábalgata triunfal la valquiria de Wagner, exhalaran sus perfumes venenosos las « flores » de Baudelaire, dió origen á la corriente artística conocida en Francia bajo el nombre de Simbolismo; corriente de refinado idealismo é impetuoso espíritu libertario, amante de complicaciones y sutilezas, de innovaciones y excepciones, de bizarrías y exotismos. Y el Simbolismo, extendido más ó menos por todas las literaturas cultas, hizo brillantemente su época. Como

entidad estética, prosiguiendo la revolución romántica proclamó la libertad absoluta del arte, atterrando los viejos ídolos del Canon y el Arquetipo por contrarios á la relatividad de la individualidad y á la ley ineludible de la evolución; reduciendo el problema artístico al libre desarrollo del temperamento en el medio. Como producto del ambiente, encuadrando las ideas en auge, dió vida á obras selectas ó extrañas, de refinada sentimentalidad y delicada factura, pero también, á menudo, de paradoxal ideología y facticia ornamentación.

Hace algunos años, el ambiente de ideas ha sufrido una transformación radical. La conciencia de un refinamiento generalmente mórbido ó artificioso; la inminencia del problema social, cada día más arduo é interesante, ó acaso, sencillamente, el espíritu de reacción contra un orden de ideas que ha hecho su época, ha llevado á la juventud de hoy al amor sano de la naturaleza, al estudio severo de la humanidad, á la altitud de los sentimientos, al anhelo por la sinceridad, á la vida. Y un nuevo movimiento se ha iniciado en el arte. Sucesor, si no heredero de la corriente simbolista que ha dominado el último cuarto del pasado siglo, de ella ha tomado lo que hay en su obra de auténticamente progresivo, independiente al medio. Esto es, la idea de la Libertad (desdén por los cánones y por los arquetipos) y el sentimiento de la Renovación (aspiración á nuevas formas y modos de expresión.) Descendiente de los grandes maestros modernos más ó menos aislados ó inmunes á la marca del pensamiento enfermizo ó de la literatura artificial, de ellos ha reci-

bido lo que en su obra hay de verdaderamente transcendental, ajeno á la estrechez de sus sistemas particulares. Así, de Zola ha heredado el sentido de la realidad; de Tolstoï, la simpatía por el altruismo; de Ibsen, el gusto por los tipos generales ó colectivos; de Verlaine, el amor por la espontaneidad lírica y la ingenuidad sentimental. Mas sin ser precisamente el naturalismo, el arte social, el ibsenismo ni el lirismo ingenuo. Descuidando el prurito infantil de la exactitud minuciosa, desechando la misión antiestética de enseñar, negligendo el efecto estudiado de *épater*, la verdadera característica del movimiento es sencillamente, respecto á la forma, el amor loable de la libertad, el entusiasmo decidido por la renovación, el anhelo ardiente de la sinceridad, y respecto al fondo, el amor robusto de la naturaleza, la pasión generosa del altruismo, el culto pagano de la vida, que hace preferir la caricia cándida de la doncella al cariño sabio de la cortesana, la comunión rosa de la juventud á la misa negra del histerismo, las formas vivas del universo á los « modelos » rígidos de los museos, los paisajes naturales á las bambalinas escénicas, las flores recién cortadas á los *bouquets* de artificio. Así, podríamos decir que, si el Simbolismo quiso ser la sinceridad por la libertad, el arte de hoy tiende á ser la libertad por la sinceridad. De tener una fórmula, esa es su fórmula : LA LIBERTAD POR LA SINCERIDAD.

No obstante, hay quienes, exagerando la tendencia de retorno á la naturaleza y entusiasmo por el altruismo, han pretendido que el arte actual debe ser necesariamente objetivo, ó bien debe tomarse exclusivamente

social. Conocidas son las disertaciones de Saint-George de Bouélier (1), campeón del Naturismo francés, en que pospone sistemáticamente la individualidad á la colectividad, el yo íntimo al no yo universal. Y son más que conocidas las ideas del solitario de Yasnaya Poliana (2), en que estigmatiza como falsificación toda obra que no tenga por objeto las efusiones altruistas ó el mejoramiento social. Pero es fácil darse cuenta que es eso una profunda equivocación originada por falsos puntos de vista. Las tendencias estéticas, como el estilo, que dice Gourmont, son cuestión fisiológica y, por tanto, relativa. Cada artista seguirá fatalmente, pese á todas las teorizaciones, la tendencia de acuerdo con su temperamento. Así, los espíritus reconcentrados, especulativos, soñadores ó que toman sus inspiraciones del mundo interior, serán subjetivos, idealistas ó partidarios del arte por el arte; en tanto que los espíritus observadores, prácticos, altruistas, ó que toman sus inspiraciones del mundo exterior, serán objetivos, realistas ó prosélitos del arte social. Por cierto que, habiendo además temperamentos complejos ó generales, habrá también artistas que participen, más ó menos al mismo tiempo, de los dos órdenes de tendencias. Así han sido casi todos los talentos superiores, acercándose á la idealidad del temperamento universal ó unánime.

Hay todavía quienes, exagerando la tendencia de reacción contra el abuso del preciosismo de estilo y las extravagancias rítmicas, han afirmado que el arte de hoy debe ser el retorno absoluto á la tradición clásica

(1) Véanse las notas al fin de la obra.

ó bien la completa renuncia á las innovaciones formológicas. Sabidas son las ideas de Jean Moréas (3), en Francia, que pretende hacer retrogradar el arte, siguiendo la ruta de la Pléyade, á la fuente de la poesía greco-latina. Y son sabidos los desdenes de más de un poeta joven (4) por los ensayos de la prosa rítmica ó del verso libre. Pero esto es también un manifiesto error. El abandono del estilo ó las formas clásicas no es otra cosa que la liberación del atavismo retórico en anhelo de más justos ó sinceros modos de expresión. Y cuanto á la reforma métrica, debe ser mirada como un valiente esfuerzo de renovación ó un nuevo paso en la evolución eurítmica. Si el verso libre no logra aun consolidarse con la estabilidad de una norma, no obstante los triunfales ensayos de Walt Whitman en inglés, de H. de Régnier y Vielé Griffin en francés, de Darío y Jaimes Freire en español, (5) el « verso liberado, » que dice un crítico, conciliación entre el verso libre de arbitraria medida y armonía, y el verso clásico de estructura invariable, como momificado, es hoy la verdadera forma de todos los artistas que se esfuerzan por traducir en la poesía la vida moderna bajo todos sus aspectos. Así puede decirse que, en tanto que la prosa, por el derroche de matices y la riqueza de músicas, tiende á acercarse al verso, éste, á su vez, tiende á aproximarse á la prosa por la espontaneidad de expresión, la eterogeneidad de ritmos, y el abandono de las maneras obligadas y de las llamadas licencias poéticas. Sin que tal sea decir que los dos géneros llegarán á confundirse, ya que el verso es forma integralmente diferenciada por naturaleza y tradición.

No es, pues, la imposición del objetivismo ó del arte social, el retorno al clasicismo ó el desprecio de las innovaciones la verdadera característica de la corriente artística ambiente, que denominamos el Arte de Hoy ; sino sencillamente, como hemos dicho, el amor ardiente de la libertad, la aspiración loable de la renovación, el culto pagano de la vida, ó, más ampliamente, el anhelo por la completa sinceridad sentimental y formológica ; mediante la libre manifestación del temperamento en el actual ambiente puro y reconfortante, por toda ley la humana conciencia, por toda norma la intuición artística. Ó en una frase : La Libertad por la Sinceridad.

Iniciado hace varios años por la lógica influencia del nuevo medio de ideas, el movimiento comenzó á manifestarse con ciertos artistas jóvenes que, desdeñando el triunfo de la literatura enfermiza ó artificial, supieron darse cuenta de los intereses del momento, vueltos los ojos á los grandes maestros modernos aislados é inmunes en la altitud de su universalidad. En seguida, algunos artistas independientes, fieles en pleno triunfo simbolista al arte robusto ó espontáneo (como Sudermann en Alemania, Octave Mirveau en Francia, Blasco Ibáñez en España), entran de hecho á formar parte de la corriente. Luego ciertos viejos parnasianos (tal Carducci en Italia, Anatole France y León Dierx en Francia) descienden más de una vez del limbo de sus sueños arcaicos á la frescura azul del nuevo ambiente. Y á poco (prueba evidente de la imposición del medio) varios turiferarios del mismo Simbolismo abandonan la

estrechez de sus torres ebúrneas por el sol y el viento de la libre ruta. En Francia Adolphe Retté se transforma cantor de la naturaleza, Lorent Tahillad se hace paladín del socialismo. En Italia Gabriele d'Annunzio se consagra solemnizador de la fuerza y la alegría de vivir. En Hispano-América Rubén Darío publica un libro tremante de emoción, encabezado por las palabras Vida y Esperanza.

Hoy el nuevo modo de pensar en arte cuenta con los escritores más fuertes ó selectos de cada literatura. Recordemos á Máximo Gorki en Rusia; á Gerhart Hauptman en Alemania; á Paul Adam, Francis Jammes, Saint-George de Bouélier en Francia; á Giovanni Pascoli en Italia; á R. del Valle Inclán, Salvador Rueda en España; á M. Díaz Rodríguez, Amado Nervo, R. Blanco Fombona en Hispano-América. Y puede asegurarse que no hay libro de joven que aparezca en que no palpite un aliento de sinceridad, de frescura, de vida.

El ambiente es como el perfume. Sin que nos apercebamos, nos circunda, nos penetra y acaba por embriarnos. Y si el ambiente de hoy se nos presenta tan claro, tan fresco, tan benéfico, ¿por qué no dejarnos llevar por su suave soplo hacia el horizonte en que una aurora de vida y de belleza irradia dulcemente su oro immaculado?

En la literatura castellana, como en todas las literaturas cultas, el Simbolismo dejó sentir su impulso de libertad y renovación, abriendo las viejas ventanas á los vientos regeneradores. En América, sobre todo, donde el movimiento tuvo origen, su influencia ha sido

grandemente benéfica. Descartando exageraciones ó desvaríos, su espíritu cosmopolita nos ha hecho formar un caudal sólido y un gusto delicado, y su amor por la exquisitez factual, nos ha hecho alcanzar una forma fina y dúctil, apta á las más sutiles expresiones. En una frase: nos ha hecho comprensivos y nos ha hecho artistas. Además, atravesando nuestro arte su primer período, el período lírico, la obra simbolista ha sido generalmente sincera y será en gran parte duradera. Sincera porque, expresando sentimientos individuales, ha podido ser refinada sin ser falsa, ya que nuestro ambiente intelectual es más ó menos el de Europa. Duradera porque ha dado origen á creaciones de fuerza ó selección singulares, pudiendo decirse con razón que poseemos poetas entre los mejores del mundo.

Mas ha llegado la hora en que la literatura hispanoamericana comienza á entrar en su segundo período: el período narrativo. En tal caso la corriente simbolista no puede seguir regulando la orientación sin caer en el artificio y la falsedad. Por otra parte los ensayos narrativos realizados hasta hace poco, se han malogrado (con excepciones, naturalmente) por su afán de hacer costumbrismo, tras pintoresco, y aire local. Así pues, los artistas de la nueva generación, fortalecidos y afinados por la lucha simbolista, abierta el alma á la pureza del nuevo ambiente, han empezado á hacer suyas las ideas de amor á la naturaleza y á la vida, y de entusiasmo por la espontaneidad formológica que caracteriza el Arte de Hoy, mas sin caer en la vulgaridad del costumbrismo ó en la estrechez de la literatura regional.

Conservando las conquistas de la libertad de los géneros y la expresión y el gusto por la forma nueva y personal, todos deseamos sencillamente HACER VIDA Ó BELLEZA EN NUESTRO MEDIO, tendiendo á la creación de una literatura propia y genuína que encuadre sólidamente nuestros nobles sentimientos de pueblos jóvenes y nuestros viriles anhelos de progreso y mejoramiento social.

Tres años ha, publicamos nosotros un poema, RAÚL, que, aunque siguiendo plan estrictamente narrativo, libre de declamaciones y digresiones, debe ser aun considerado como un trabajo lírico. Ahora presentamos tres pequeñas novelas rimadas, en las cuales encuadramos sencillamente retazos de vida ó conflictos de pasión en nuestro medio. Lejos de nosotros la idea de hacer propaganda política ó siquiera filosófica. Los personajes obran ó hablan según las circunstancias que les informan ó les impulsan: atavismo, ambiente, educación, pasión... Si alguna moralidad de ellas se desprende, no será ciertamente el resultado de una tesis, sino ese aforismo ineludible á todo fenómeno de la humanidad. ¡Ojalá contribuyan á avivar el gusto por la literatura de ideas sobre la literatura de formas, por el arte espontáneo sobre el arte facticio!. Modesta contribución á la erección del edificio de la narrativa hispanoamericana; leve grano de arena en la renovación del monumento de las letras castellanas.

BLANCA VARGAS

À E. GÓMEZ CARRILLO.

PRIMER CAPÍTULO

En el huerto sombroso, sentada sobre banco — rústico, en la pureza de su vestido blanco, — entreteníase, candorosa y sencilla, — pasando entre los dientes una azul florecilla; — mirando vagamente, como á través de encajes, — la vieja casa próxima albeante entre follajes, — los tejados rojizos, los amplios corredores — que las enredaderas estrellaban de flores.

Nacida en aquel nido perfumado y silvestre, — tierna paloma libre, fresco lirio campestre, — amaba con delirio, mimaba con vehemencia, — con todos los ardores de su casta inocencia, — aquella vieja casa de ventanas musgosas, — repleta de recuerdos, de estampas y de rosas; — aquel hermoso valle cercado de breñales, — con su plateado estero y sus blondos sauzales, — y aquel ancho horizonte despejado y sonoro, — de noche azur y plata, de día azur y oro.

Sin madre desde niña (tan sólo recordaba — de su madre, los ojos y un traje azul que usaba) — entre su padre anciano calculador y tosco — y su hermano ma-

yor, siempre á caballo (1) y fosco; — sin otra compañía que su vieja nodriza — y su hermana de leche, la bruna y dulce Elisa, — su infancia había sido como un silente ensueño — entre el salvaje encanto de aquel valle risueño; — en estío, en los días de expansión y de olvido, — vagando con Elisa por el campo florido, — á través de los prados y las selvas umbrosas, — en pos de los jilgueros ó tras las mariposas, — y en invierno, en las horas de angustia y de tormenta, — recluída en la casa sombría y somnolienta, — oyendo de la vieja el fabuloso cuento, — mientras fuera los perros ladraban contra el viento...

De esta manera todo su afecto, su ternura, — todas las fuerzas íntimas en su alma tierna y pura, — sin tener un motivo, sin hallar un amparo — (el motivo, el amparo maternal, ¡ oh tan caro!) — había convergido en la memoria incierta, — en el recuerdo sacro de su ideal madre muerta. — Recuerdo que avivaba todo en aquella casa: — los retratos, el piano, las cortinas de gasa; — y más que todo, el cuento sin fin de la nodriza, — criada de su madre la más fiel y sumisa, — que con ella viniera de la ciudad hermosa — de donde á esta el viejo trajera por esposa.

Y evocaba el miraje del pasado indeciso — en que, viva su madre, esparcía su hechizo: — la alegría que entonces en la casa bullera, — los paseos ruidosos, la gente forastera, — los sonos de guitarra en el salón abierto — y las danzas nocturnas en aquel mismo huerto...

(1) Véase la nota de este capítulo al final del volumen.

Así, en el año su época más feliz era cuando — Luis, su segundo hermano, siempre tan fino y blando — venía de vacaciones. Él la traía noticias — del pueblo de su madre, todo encanto y delicias. — Y la traía libros de cuentos y canciones, — y muñecas fantásticas, y dijes y bombones. — Y juntos, siempre juntos, en coloquios eternos, — vagaban á la siesta bajo los sauces tiernos, — ó en la tarde, á caballo, en giro sin sosiego, — corrían por las lomas bajo el cielo de fuego.

CAPÍTULO II

Hablaban de Santiago (1). Él la daba detalles — de sus regios paseos, de sus hermosas calles, — de su vida opulenta, sus elegantes damas, — sus teatros, sus museos, sus dichas y sus famas.

Sólo que ella, ignorante, sin serle conocido — más que el verde rincón de su valle querido, — é imbuída por la vieja en sus cuentos ignaros, — daba á aquellos detalles significados raros. — Figurábase una ciudad magna, gentil — de palacios de jaspe y torres de marfil, — llena de hermosas damas tocadas de áureo velo, — y señores trajeados de oro y terciopelo.

De aquí sus fantasías, sus imaginaciones, — sus vagas esperanzas, sus bellas ilusiones : — los castillos azules con que poblaba en sueños, — todas las hondonadas de los montes risueños, — y la idea del Príncipe que, loco de adorarla, — nueva Bella-del-Bosque, llegaba á liberarla...

¡ Cuántas veces, mirando las lejanías sin tules, — no creyó ver aquellos alcázares azules ! — ¡ Y cuántas

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

contemplando el camino soleado, — no creyó ver pasar á su príncipe amado !

Así ciertas quebradas románticas ó fieras — eran para ella objeto de innúmeras quimeras : — palacios, grutas mágicas, pensiles de áureas pomas... — Y el camino real que encimaba las lomas, — motivo de quimeras innúmeras : carruajes — regios, bandas de músicos, funámbulos en trajes... — Pero lo que exaltaba más su ardor novelero, — eran ciertas vetustas puertas en el potrero. — Al ver aquellas varas grisáceas y musgosas, — parece que le henchían memorias misteriosas — de una vida anterior : alegres cabalgatas : — jinetes, amazonas y guitarras tan gratas !...

Por lo demás su existencia material era — siempre la misma, triste, monótona, severa ; — entre su padre anciano calculador y tosco — y Abelardo, su hermano, siempre á caballo y fosco ; — atendida tan sólo por su vieja nodriza — y su hermana de leche, la dulce y bruna Elisa ; — ocupados sus días en sus cortos estudios, — ó, al piano, en sus primeros musicales preludios ; — sin otras diversiones que las gratas veladas, — oyendo de la vieja los magnos cuentos de hadas ; — y hacia la primavera, los paseos y rondas — con Elisa á través de riberas y frondas, — ó con Blas el pequeño pastor de ojos sencillos, — que la buscaba *maqui, copihues* (2), huevecillos. — Siempre esperando ansiosa, como un placer egregio, — el estío en que Luis llegaba del colegio — con los labios henchidos de cuentos y canciones, — y la valija llena de libros y bombones...

Mas sucedió que, en cuanto Luis se fué haciendo mozo, — por grados fué tornándose más frío y receloso. — Ya no corría con ella tras mariposas y aves, — y la hablaba de cosas dolorosas y graves : — la amargura del pobre, la tiranía del fuerte, — la eterna cuita humana, la miseria, la muerte... — Y la postrera vez que vino (hacia dos años) — promovió en la familia altercados extraños, — con ocasión de ideas que entusiasta aclamaba — y que el hosco Abelardo furioso refutaba.

Aquellas vacaciones ya no había venido. — Decíase que del colegio había huído — y escribía en un diario de guerrilla social, — lanzado en cuerpo y alma en pos de su Ideal.

CAPÍTULO III

Ella no comprendía bien aquellas ideas. — Al decir de Abelardo, tratábase de feas — teorías de desorden, de oprobio, de anarquía. — Mas habiendo caído en sus manos un día, — el diario en que escribía Luis, con qué dulce anhelo — se enteró que trataba de piedad, de consuelo — para todos los pobres, para todos los parias, — á la vez que esgrimía sentencias temerarias — contra los opresores, los ahítos, los verdugos, — y alzando una protesta contra todos los yugos, — terminaba, entonando un himno á la esperanza — de una época mejor de amor y venturanza !

Desde entonces venía perpleja. Absorta, muda, — la asaltaban la mente vacilaciones, duda — sobre el estado del proletario en la hacienda (1) : — trabajo eterno, deudas y hasta miseria horrenda. — Y asociaba recuerdos : labriegos cabizbajos — siempre hundidos en deudas y siempre en los trabajos ; — ancianos, mozos, niños y la viejita ciega, — que dejaban su paga entera en la bodega, — y aquel viejo, don Lucas, siem-

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

pre alegre, bromeando, — que, echado por su padre, dejó el rancho llorando... — Perpleja, absorta, grave en esa edad risueña — (los quince años) en que sólo se ama y se sueña. — Cuando un inusitado suceso extraño, hostil — vino á segar por siempre su alegría infantil.

Aconteció que un día de invierno opaco y torvo — Elisa cayó enferma, presa de raro morbo. — Y aquella misma tarde (siniestra tarde aquella) — sin haberla dejado ni aun despedirse de ella, — lleváronla á la casa de labriegos vecina, — la casa de la madre del pastor, su madrina; — de donde, en pos de estar cinco ó seis días enferma, — una triste mañana brumosa, fría y yerma — sacáronla cuatro hombres al hombro en una recia — caja negra y muy larga, camino de la iglesia. — Todo con gran sigilo, silencioso, encubierto — (ella siguió la escena, llorando, desde el huerto!) — como si se tratara de un misterio ó de un crimen.

De esto hace ya seis meses. Y aún la exaltan, la oprimen — las crueles remembranzas de aquel fatal suceso, — en una impresión como de angustia y vago peso, — sola, sin el cariño de su única hermana. — Remembranzas que á veces se tornan en insana — obsesión; sobre todo en el tiempo dorado, — que asociada le trae la visión del pasado — feliz; allí en el huerto sentada sobre banco — rústico, en la pureza de su vestido blanco, — mirando vagamente, como á través de encajes, — la vieja casa próxima, albeante entre follajes, — entreteniéndose, candorosa y sencilla, — pasando entre los dientes una azul florecilla...

CAPÍTULO IV

En el deslumbramiento de la tarde de oro — adormilaba el huerto como un vago, sonoro — silencio. Sobre el suelo, en la hora sin tules, — las sombras se cortaban nítidamente azules. — En torno del ramaje de higueras y cedrones — rodaba un estridente rumrum de moscardones. — Sobre un cerezo un mirlo gorjeaba con desgaire. — Á intervalos, llegaban en la quietud del aire — gritos roncros, galopes raudos, ladrar de perros...

Era una trilla (1) próxima, sobre el cordón de cerros. — Se veía la era, las yeguas, los arriadores: — *guasos* (2) mozos montados, con *ponchos* (3) de colores...

Paróse. Dió unos cuantos pasos. Desperezóse, — enarcando los brazos con inocente goce. — La cabellera suelta obscura, perfumada — cubrió entonces sus hombros en sedosa cascada.

Hundió los ojos húmedos en la azul lejanía.

Luego, inconscientemente, despreocupada, fría, —

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

trasponiendo la reja de madera del huerto, — echó á andar paso á paso hacia el gran campo abierto — por la vieja alameda (4) que servía de entrada, — sin mirar, sin pensar, sin recordar ya nada.

Leve brisa, con ecos de pastoriles cálamos, — mecía dulcemente las copas de los álamos, — de cuyos blancos troncos, en abrazos sensuales — pendían negras zarzas y floridos rosales.

Improvisó un errátil eco vago, perdido — de guitarras (5) cercanas, le hizo prestar oído.

Cantaban en el bosque de canelos (6), á orilla — del río, que servía de ramada (7) á la trilla. — Dobló el paso, curiosa.

Un mozo de á caballo — cruzó á su lado, haciendo vibrar el férreo callo. — Portaba un odre lleno.

En el bosque vecino — ya, por entre los troncos, bajo el ramaje fino, — bullía un vivo enjambre de mozas y de guasos : — caballos, pañolones, ponchos de tonos crasos...

Paróse para oír. Cantaban *La Morena*, — esa cueca (8) tan llena de pasión y de pena :

... Se secó la azucena,
 ¡ Vida mía !
 La resedá.
 Ya se fué mi morena,
 ¡ Vida mía !
 ¡ Si volverá !

¡Si volverá!
¡Ay, sí!
¡Vida mía!
Flor que adoré,
Si no vuelves, de pena,
¡Vida mía!
Me moriré...

¿Qué decía esa música, qué tenía ese canto, — que ella sintió los ojos anegados de llanto? — ¿Por qué siempre esa nota tan honda y dolorida — en todas las canciones á que el pueblo da vida?...

Mas una tempestad de sollozos alzada — á su espalda, la hizo volverse consternada.

CAPÍTULO V

Cabe el tronco de un álamo un mozo alto, fornido, — el poncho atravesado, el sombrero caído, — la cara entre las manos, lloraba sin consuelo. — Y cuál no fué su asombro y cuál no fué su duelo — al descubrir en él á Blas el pastorcillo, — su amigo de la infancia, tan bueno, tan sencillo, — recién llegado ahora de cumplir el servicio — militar (1). Acercósele, rauda, falta de juicio :

— ¡ Blas ! ¿ Eres tú ? ¿ Qué tienes ? ¿ Por qué lloras ?
¿ Qué haces ?...

Y él alzando, entre lágrimas, las pupilas, fugaces, — reconociendo al punto su voz :

— ¡ Ah, señorita !... — ¡ Señorita !... Mirándola con angustia infinita.

(... ¡ Vida mía !
Flor que adoré,
Si no vuelves, de pena,
¡ Vida mía !
Me moriré...)

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

— Esa *cueca*... Hace un año... En la ramada... aquella... — bailamos... Esa *cueca* me hace acordarme de ella...

— ¿ De quién ?

— De Elisa...

— ¡ Ah!

— Sí. ¿ Por qué se lo niego ? — Nos queríamos. Éramos novios... Y quedo, luego :

— Pero el patrón, su hermano, la seguía, perdido... — Me mandó á mí al ejército... Después... Es bien sabido... — Mi madre me lo ha dicho con amargura inmensa : — murió ¡ la pobrecita! de pena y de vergüenza...

(... ¡ Vida mía!

Me moriré...)

Y tornando á gemir :

— Moriré... Sí... Lo sé...

La cara entre las manos, echó á andar por la hierba, — tras soledad y sombra para su pena acerba...

Y ella inmóvil, perpleja, cual bajo aciago estigma, — ante la solución del tenebroso enigma, — inmóvil allí quedóse, junto al estero insano : — « Horror de los horrores ! Abelardo, su hermano !... — Su mismo hermano !... Era horrible... ¡ Justo cielo !... » — Y trémula, transida por agónico hielo, — tuvo que asirse á un álamo de enorme corpulencia — para no desmayar y rodar sin conciencia.

Alzó entonces los ojos con ansia de agonía, — y abarcando de un golpe la alameda sombría, — la pra-

dera inmediata, la casa allá distante, — tuvo un punto, un segundo, la impresión fulminante — de que todo eso estaba, todo eso tan querido, — manchado para siempre, para siempre perdido...

— ¡Blanquita !... ¿No me oye?

Sintióse asir de un brazo. — Volvióse consternada, con nervioso embarazo.

Era la anciana, Brígida, que loca de llamarla — por la casa y el huerto, venía allí á buscarla.

Muda, sin dar oído á su plática añeja, — puesta la mano trémula sobre la de la vieja, — dejóse conducir por la avenida ardiente, — sin saber nada, nada, automáticamente.

Mas llegado que hubo al patio somnoliento — en la hora de oro, entrando á su aposento — y entornando la puerta, despidió á la nodriza, — protestando estar buena, con ambigua sonrisa.

Deseaba hallarse á solas con su dolor, á solas, — (tal azul golondrina perdida entre las olas). — Pero al sentirse en medio del terror de su cuarto, — viva ternura hinchóle el corazón ya hartó — y vibraron sus labios lívidos : « ¡Madre mía!... »

CAPÍTULO VI

El cuarto de la muerta, conservado con pía — ternura por el viejo, al suyo era contiguo. — Salvó la puerta, trémula. Allí todo era antiguo : — los muebles, la Purísima, las cortinas bordadas, — vagos en el misterio de las puertas cerradas.

— ¡Madre mía! madre mía!...

Y el llanto contenido — desbordó de su pecho en un largo gemido. — Lloró, lloró, lloró, fériada, temblorosa, — caída sobre el viejo sofá de satín rosa, — en un sollozo solo, continuo, de tortura, — que en la boca dejábale como una agria dulzura — y de pies á cabeza la hacía estremecerse.

¿Cuánto tiempo así estuvo, postrada, sin moverse?

Al tornar de improviso á la realidad cierta, — el cálido crepúsculo rojeaba ya en la puerta, — y llegaban del campo los lánguidos cantares, — que alzaban los labriegos de vuelta á sus hogares.

Desentornó un postigo. Á la luz brillantísima, — mostróse, bajo el dulce rostro de la Purísima, — una fotografía de su madre. Al pronto ella recordó que en la cómoda había otra más bella. — Mas cual no fué su

asombro al buscar presurosa, — y hallar una libreta azul y misteriosa (1) — escrita por su madre. — Era un álbum de versos. — En ritmos diferentes, sobre asuntos diversos, — había allí canciones de entonación bizarra — ó romántica para cantadas en guitarra. — Pero había otras llenas de ternura, hondas, mustias, — que no sino parece cantaban las angustias — secretas del poeta : quejas, suspiros, ruego...

Leía ávidamente con inspirado fuego. — Mas al llegar á una extraña poesía — que llevaba por título : « *Adiós* », asaz sombría, — algo como un rimado sollozo de impotencia, — su corazón contrájose con terrible violencia, — no dudando un momento ya que oía extasiada — — la propia dulce voz de su madre adorada :

Afecto mal comprendido,
Perenne infelicidad,
Ya cesa mi adversidad...
La tórtola deja el nido.

Sin celo para mi celo,
Sin amor para mi amor,
Yo nunca tuve una flor,
Yo nunca tuve un consuelo...

Si á mi alma huisteis el alma,
Si á mi fe no disteis fe,
A qué retenerme, á qué
Negarme la eterna calma?

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

Ya cesan mis duelos fijos,
Termina mi adversidad...
No lloréis por mí. Llorad
Por vos y por vuestros hijos !

« ¡ Horror de los horrores! Su padre... ¿ También esto?— ¡ Su mismo padre! ¡ Cielos!... » Y recordaba el gesto — sombrío del anciano, y cierta frase horrenda, — que Luis lanzó entre dientes, un día de contienda... — « Es decir que Abelardo y su padre... »

— ¡ Ah, Dios mío!...

Y trémula, transida por brusco escalofrío, — desbordante de asombro, de angustia desbordante, — extenuados los nervios por la tensión constante, — de las manos cayósele el libro con gran ruido, — sintió dar vuelta el cuarto y rodó sin sentido...

CAPÍTULO VII

Al volver de improviso en sí, sobresaltada, — encontróse en su lecho de virgen acostada, — en el cuarto sombrío, donde la vela inquieta — ponía en las tinieblas raro efecto violeta; — velada por la anciana compungida, severa, — murmurando sus rezos cabe la cabecera.

— Mamita, ¿dónde estoy?...

— En su cuarto, mi hijita...

Giró los ojos lánguidos con angustia infinita.

Por la puerta entreabierta, tras las cortinas bellas, — entraban soplos cálidos y tres ó cuatro estrellas. — En el comedor próximo el viejo y Abelardo — hablaban sordamente en tono opaco, tardo. — Fuera, el graznar de un buho, en la noche estival, — rasgó el silencio como la hoja de un puñal.

Tenía fiebre. Raudos calofríos ardientes — hacíanla dar uno contra otro los dientes. — Las arterias del pulso le latían sin sosiego. — Pesábanle los párpados como ondas de fuego... — ¿Fué á causa de las crueles tensiones

sin reposo — ó á causa del efluvio del río pantanoso ?

No acertaba á hilvanar dos ideas concretas, — en una como fuga de imágenes inquietas. — Mas luego, poco á poco, en su cerebro que arde — fueron reproduciéndose los hechos de la tarde — (los versos de la muerta, la escena de la trilla) — con las violentas luces de aciaga pesadilla. — Y abarcando, en su mente, la casa, el campo, el cielo, — asaltóle de nuevo la impresión sin consuelo — de que todo eso estaba, todo eso tan querido, — manchado para siempre, para siempre perdido!...

Pero fué sólo un punto. Luego, pesada, recia, — recayó nuevamente en la vaga anestesia — de profundo desmayo, los brazos laxos, flojos, — el respirar difícil, inmóviles los ojos...

Del comedor ahora llegaba la voz clara :

— Hay que llamar al médico sin tardar...

— Pero ¿para — qué ? Si es un torpe... Y luego... y luego, lo que cobra...

¿ Oyó ella tan innoble debate, en su zozobra ? — El cabello erizado, las manos espasmadas, — permanecía inmóvil sobre las almohadas ; — estremecido el pecho por estertor tremante, — sin voz, sin albedrío como una agonizante... — Inútil que la anciana, la solícita anciana — la colmara de mimos, la ofreciera tisana, — revolviéndolo todo, yendo de extremo á extremo, — en la estupefacción de su pesar supremo.

Entró el viejo en silencio, en sombrío mutismo. — Aproximóse al lecho :

— ¿Cómo sigue?

— Lo mismo!

Contemplóla abismado. Y allí en pie cabe el lecho — quedóse inmóvil, mudo, los brazos sobre el pecho.

Bajo la fría máscara de su apariencia dura, — sentía él por su hija una inmensa ternura. — Era ella como un rayo de luz y venturanza — sobre su eterna noche sin alba ni esperanza... — Ahora comprendía cuánto la amaba, cuanto!...

CAPÍTULO VIII

En el corral un gallo vibró su agudo canto. — Luego, seguidamente, de los cuatro confines, — fueron respondiendo otros con sus claros clarines.

La enferma deliraba. Sus labios febricientes — bullían, dando paso á frases incoherentes ; — recuerdos de la tarde, sombras del desvarío :

— ¡Qué ardiente sol!... ¿Quién llora ?... Me sofocan...
¡Dios mío!...

En seguida, las frases más claras, más tangibles :

— Cantan y están llorando... Canciones más terribles!...

Y luego, á voz en grito, rojas las sienas albas :

— ¡Qué alegría! ¡Si es Lucho!... (1) ¡Ah, Lucho, tú me salvas!...

Alzó el viejo la vista, volvió la faz la vieja — y un punto se miraron en actitud perpleja, — cual poseídos por un mismo pensamiento.

— ¡Ah, señor, si viniera!...

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

Sombrío, sin acento, — él nada dijo, pero salió con grave aplomo.

Después, se oyó su voz, llamando al mayordomo...

¡Qué noche ¡Dios! qué noche para la pobre Brígida! — Tener allí que estarse ante la niña rígida, — sin poder socorrerla, sin poder aliviarla; — intactas las tisanas que no le es dado darla; — contando hora tras hora, segundo tras segundo — en el doliente ritmo de su estertor profundo.

Por fin, cuando en los vidrios empezó á albear la aurora — y empezaron las diucas (2) su diana seductora, — la enferma pareció caer lánguidamente — en un sueño sin sueños, aéreo, transparente; — entornados los párpados por sopor bonancible, — la respiración lenta; sosegada, apacible.

Entraba ya el sol fúlgido por el postigo franco — en torrente de oro sobre el tocador blanco, — haciendo arder el agua de la taza floreada, — cuando despertó súbito sorprendida, azorada :

— Mamita, es tarde ya... Mi ropa...

Y la nodriza, — sacudiendo su sueño :

— Es temprano... No hay prisa...

Pero fué en vano; — toda reflexión, todo ruego — se estrelló en su porfía :

— Quiero vestirme luego...

Y no hubo sino pasarla su ropilla : — las medias, las enaguas, la pollera sencilla.

Ya en pie, no pudo un gesto, reprimir de sorpresa, —

al sentir laxo el cuerpo, pesada la cabeza. — Mas reuniendo toda su fuerza y su entereza, — tocóse ante el espejo con su habitual presteza, — abrió al punto y salió al corredor : tenía — que asear su jilguero y regar su peonía.

Bajo el sol matinal aparecía el huerto — como empolvado todo de un oro vivo y yerto. — En la atmósfera había una frescura sana — trascendente á poleo, á menta, á mejorana. — Del corral inmediato entre zarzas opacas — llegaban los mugidos trémulos de las vacas. — Sobre el pasto el rocío tendía un tul radiante.

En la vaga conciencia de su mal fluctuante, — aseó la grácil jaula del dorado jilguero, — si con pulso convulso, con su habitual esmero, — y comenzó á regar su peonía, temblando, — con su regaderita de latón verde, cuando — faltáronle las fuerzas de pronto y cayó en brazos — de la buena nodriza que seguía sus pasos :

— Volvamos á la pieza... Todavía está mala...

Pero ella se opuso :

— No; mejor á la sala...

CAPÍTULO IX

La sala solitaria, abierta sólo á ratos, — con sus muebles Luis XV, su piano, sus retratos, — tenía para ella no sé qué encanto extraño — de recuerdos galantes, de visiones de antaño.

Con cuidado exquisito instalóla la anciana — sobre el sofá granate, cabe la ancha ventana — por la que se veía el campo en su apogeo. — Después salió un instante para hacer el aseo.

Era allí justamente donde á ella le placía — sentarse, con Elisa, cada año el grato día — de la primera lluvia, para mirar la rubia — silueta de los álamos envueltos en la lluvia; — ó las tardes de otoño, cuando arreciaba el frío — para ver en la viña, bajo el cielo sombrío, — el grupo pintoresco de las vendimiadoras (1) — con sus cestos al hombro y sus risas sonoras.

« ¡ Ah, Elisa!... » Y al recuerdo de la querida muerta — la visión de la tarde anterior, vaga, incierta, — vol-

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

vióle á la memoria con precisión palpable, — con claridad terrible, brutal, inexorable. — Así, representósele la escena de la fiesta : — el pobre Blas, contándola lloroso, en la floresta, — del triste fin de Elisa, el motivo inhumano : — « Su mismo hermano, ¡cielo santo! su mismo hermano! » — Y luego, el raro hallazgo en el cuarto materno; — aquel fatal cuaderno que revelóle tierno — la causa del aciago destino de su madre : — « ¡Su mismo padre, ¡santo cielo! su mismo padre!... »

Alzó entonces los brazos con doloroso gesto, — cual si realmente hallárase en lodazal infesto — caída sin remedio, hundida fatalmente. — Y brotó de su alma este voto ferviente :

— ¡Dios justo! Si es preciso á tu furor augusto — una hostia expiatoria, aquí estoy yo, ¡Dios justo!...

Cuando hacia medio día tornó á entrar la anciana, — trayéndola la dieta, hallóla como insana, — las rodillas temblantes, los ojos lacrimosos, — estremecida toda por febriles sollozos.

— ¡Qué tiene, mi lucero?...

Y la vieja contrita — rodeóla de cuidados con ternura infinita. — La acomodó el cabello, la abrigó, la hizo sombra, — y sentándose luego á sus pies en la alfombra, — hablóle sonriendo :

— Voy á contarle un cuento : — Éste era un joven príncipe muy lindo y opulento, — que tenía los ojos más bonitos del mundo. — Mas aunque era tan lindo y tan rico, profundo — malestar le traía en continuos

enajos. — Un día el joven príncipe de los bonitos ojos — presentóse á su padre...

Pero ella no escuchaba. — Inconsciente, abstraída, su espíritu vagaba, — las mejillas ardientes, la mirada perdida — en la sombra. Creyérasela extática ó sin vida...

Ya el sol, languidecente sobre el valle tranquilo, — iba empolvando de oro la cortina de hilo — cuando hízolas alzarse con ansia verdadera — un insólito ruido de caballos afuera.

« ¡El médico!... » Era el médico que llegaba. Seguido — del viejo, entró al instante, muy ufano y erguido, — en su poncho irisado, en sus polainas tersas.

Dió la mano á la niña. Dirigióla diversas — preguntas; auscultóla, le observó la pupila — y le puso el termómetro bajo el brazo, en la axila :

— Hay fiebre... Es poca cosa... La edad... Mas no es prudente — esté en pie...

Y á la vieja, que le mira impaciente :

— Acuéstela...

Apartóse. Tosió sin etiqueta. — Y salió con el viejo para hacer la receta.

CAPÍTULO X

En el lecho de nuevo, la enferma, somnolente, — la fiebre hasta ese instante en estado latente, — sea por la heladez del término del día, — sea por el contacto de la sábana fría, — descargósele al pronto férvida, fulminante. — Le detonaba el pulso, le llameaba el semblante.

Cohibido el espíritu por singular embargo, — volvió á caer entonces en opaco letargo, — (tal una pesadilla) en el cual la silueta — de la anciana afanosa, contra la vela inquieta, — le aparecía como fantasma sin sosiego, — como fantasma negro circuído de fuego.

Al entrar el doctor ya con la medicina, — por la que hubo que ir á la aldea vecina, — deliraba con ronco desconocido acento; — interjecciones, nombres, frases sin hilamento:

— ¡ Ah, sí!... Elisa... ¡ Qué frío!... Lloro... Si... Ya la escucho... — Esas sombras... ¡ Dios mío!... Me siguen... ¡ Lucho!... ¡ Lucho!...

Qué amargamente cruel fué pues en tal estado — tener que incorporarla, volverla de costado — y entre-

abrirlos los dientes unidos, á la fuerza, — para darle la toma que rechazaba adversa.

Apenas terminado tratamiento tan triste, — se oyó afuera un ladrido como de un can que embiste. — Entreabrióse en seguida la puerta con premura — y entró un joven muy pálido de cabellera obscura, — el poncho sobre el hombro, el chambergo en la mano.

— ¡ Don Luchito !...

Sombrío, saludóle el anciano ; — el doctor inclinóse, mas la vieja ferviente — estrechóle en sus brazos, llorando amargamente.

Había en el ambiente tal sombra de anatema, — que al punto él dióse cuenta de la verdad suprema.

Avanzó hacia la enferma. El doctor se interpuso :

— Háblela quedo... Ha poco le llamaba...

Y confuso, — él :

— Blanquita... Soy yo... ¿ No me conoces ?...

Sea, — efecto de la droga ó á causa de la idea — fija, abrió ella los ojos con afán lastimero :

— Lucho... ¡ Ah, sí !...

— ¿ Cómo sigues ?...

— Ya ves...

— ¿ Mejor ?...

— ¡ Me muero !

Pausa horrible. Luego, ella :

— Papá, Lucho...

— Sí, hijita...

—... Abrácelo, papá...

¡ Conmoción inaudita !

—... Yo se lo ruego...

¿ Cómo no oír ruego tan blando ? — Y padre é hijo á una se abrazaron llorando.

CAPÍTULO XI

Inerte, ella miróles con radiante sonrisa, — dilatados los ojos que el llanto cristaliza. — Luego, como si hubiera cumplido el más ardiente — anhelo, dióse vuelta pesada, indiferente, — recayendo en su estado de fiebre y somnolencia. — Tras lo cual ya no fué posible, en su inconciencia, — arrancarla una sílaba, un gesto razonable. — En vano Luis llamóla con su voz más amable; — en vano intentó el médico repetirle la toma: — resultó inabordable la tímida paloma.

Así, el cura del pueblo, que entró en ese instante — muy grave en su sotana y su estola radiante, — después de interrogarla innumerables veces, — hubo de resolverse á rezarla las preces — de los agonizantes...

Entretanto ella huraña — deliraba de nuevo con voz cual nunca extraña: — frases confusas, voces de ronca entonación, — algo como el rezongo de siniestra oración...

— Él te espera ...

Abelardo, la vista gacha, incierta, — hablaba desde el hueco obscuro de la puerta.

Salió el médico erguido, luego el cura pausado, — en seguida el anciano sombrío.

Ensimismado, — tan solo Luis quedóse allí en pie cabe el lecho, — la mirada perdida, los brazos sobre el pecho : — Ante el brutal aspecto de la verdad sombría, — del hecho inexorable, de la realidad fría, — su corazón latía con trágica violencia. — Le ahogaba la conciencia cierta de su impotencia... — Voces vagas decíale con pertinaz empeño — que hasta hoy fué su existencia sólo el sueño de un sueño. — Por la primera vez voces vagas decíale...

De pronto estremeciósese. Del comedor veníanle — ecos de agria polémica, frases de acerba crítica : — el médico y el cura que hablaban de política (1).

« ¿ Qué había entre esa lucha que la vida pervierte — y los grandes problemas de la Vida y la Muerte ? — ¡ Espantosa ironía !... » Y luz inopinada — comenzó á hacerse en su alma en vivaz llamarada...

Entonces ¡ cosa extraña ! ella nerviosa, tierna, — iluminada como por una luz interna, — empezó á decir cantando en tono mágico, — cantando sordamente como un motivo trágico :

— Ya cesan mis duelos fijos,
Termina mi adversidad...

Luego la voz más firme, con mayor claridad :

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

— Ya cesan mis duelos hijos,
Termina mi adversidad.
No lloréis por mí... Llorad
Por vos y por vuestros hijos !

CAPÍTULO XII

¿ Oyeron en la sala el canto inusitado ? — Entró el médico erguido, luego el cura pausado, — en seguida el anciano grave, los ojos fijos :

— No lloréis por mí... Llorad
Por vos y por vuestros hijos!...

Estremecióse el viejo. ¿ Conocía aquel canto ? — Estremecióse, presa de manifiesto espanto.

Siguió ella delirando, cantando con acento — más ronco, más siniestro, más cruel cada momento ; — mientras, sin tino, Brígida de un extremo á otro iba, — y preparaba el médico una inyección más viva, — ante la vela inquieta, que agitaba en el suelo — y en las paredes sombras como velos de duelo.

De repente callóse, suspiró, abrió los ojos — y probó incorporarse con nerviosos arrojos :

— ¡ Mamá, mamá !... Es mamá que viene por mí...
¡ Ah !... — Dejen, déjenla entrar... ¡ Mamá ! ¡ mamá !
¡ mamá !...

Cayó pesadamente, rendida, exangüe, inerme. — Después, no volvió á hablar, muda, como quien duerme. — La oprimían el pecho ronquidos prolongados — y sordos. Comenzaba la agonía. Por grados, — fué tornándose rígida y pálida en extremo. — Crispáronse sus labios en un rictus supremo. — Y en tanto el cura, grave en su estola, rezaba, — el viejo se mordía, la anciana sollozaba, — en el cuarto sombrío, bajo la noche en calma, — en un convulsionado suspiro entregó el alma !

Cuando Luis de improviso volvió en sí, ya la muerta, — bajo enlutado paño, yacía inmóvil, yerta ; — los párpados hundidos, la nariz aguzada ; — alba y recia la carne cual mineralizada ; — al amparo de un Cristo clavado en tosca cruz ; — entre cuatro blandones de atormentada luz...

En la calma, se oía sólo el rezo del cura, — que repetía Brígida con piadosa ternura.

Hacia un rincón, por tierra, se agitaba algo insano. — Retrocedió Luis trémulo. « ¡ Dios justo ! Era el anciano !... »

Cruzó el cuarto en silencio, abrió con mano rígida — y salió al corredor.

Bajo la noche frígida, — al resplandor siniestro de la luna en menguante — con aspecto de cráneo roído, espeluznante, — aparecía el huerto, el campo solitario — como bajo amarillo, luminoso sudario.

Los árboles tenían gestos desmesurados — de brazos angustiosos contra el cielo crispados, — y la luz

descendía desde el ramaje tierno — como trémulas lágrimas de un llanto eterno, eterno...

Presa de inquietud honda, de conmoción intensa, — se estremecía todo en una angustia inmensa. — Algo nuevo, y radiante, y cálido y sonoro — se expandía en su alma como un germen de oro.

Hundió los ojos ávidos en la penumbra fría. — Lanzó un hondo suspiro : « ¡ Ahora comprendía ! ».

« Románticas utopías de igualdad y justicia, — ensueños libertarios que la mente acaricia, — lucha por los derechos, lid contra los errores, — partidos, evangelios, credos, bregas, furores... — *vanidad, vanidades, y todo es vanidad !* — En la humana existencia, flor que el cierzo derrumba, — breve día entre las sombras de la cuna y la tumba, — fatal beldad sin ojos que el Dolor encamina, — sólo es grande, y es justa, y es noble y es divina — la palabra de Cristo :

¡ PIEDAD, PIEDAD, PIEDAD !

TULIO AGUIRRE

À JOSÉ INGEGNIEROS.

PRIMER CAPÍTULO

Al entrar, triste y pálido, esa noche, ya tarde — á la alcoba clareada por luz que apenas arde, — y al mirar á su esposa, que tranquila dormía, — bajo el dosel de encajes en la cama sombría, — violento escalofrío le estremeció con saña — y asomó entre sus dientes una sonrisa extraña.

« Ya estaba el sacrificio, ya estaba consumado... — Ilusión, alegría... todo lo había dado... — Todo por conservar su vida en armonía... — Vida de esposo y padre... ¡ Sublime tontería !... »

Y la lívida frente en las manos tremantes, — encendidos los ojos, las rodillas temblantes, — exhalando un suspiro de inmensa pesadumbre, — dejóse caer sobre su sillón de costumbre ; — invadida, inflamada, por la ardiente quimera — de una imagen de ideal mujer, el alma entera ; — imagen que era el símbolo de las ideas de fuego, — que desde tantos días le traían sin sosiego. — Y un nombre femenino, con afán que le hiela, — borbolló entre sus trémulos labios :

— Stella, Stella...

Soprano de la *troupe* de ópera italiana (1) — que hacía aquel invierno la delicia mundana, — había cautivádole aquella idolatrable — y terrible mujer en una memorable — noche de desvarío, placer y extravagancia, — durante alegre cena en el *Hotel de Francia*.

Desde el primer momento sus ojos, verdes soles — que daban visos rojos, cual sedas tornasoles, — sus hombros opulentos de carnación preciosa, — que surgían del escote como un sueño de rosa, — sus azulinas manos de princesa de cuento, — habíanle atraído desde el primer momento.

Mas al oír su extraña voz dominante y grata, — lluvia de perlas líricas sobre vaso de plata; — al advertir su amena charla de cien colores, — variada y matizada, como un *bouquet* de flores; — su pensamiento rico, como una gema exótica; — sus modales de reina, sus gestos de neurótica, — había fascinádole. había seducídolo — (tal al indú romántico el resplandor del Ídolo) — con el deslumbramiento, con la emoción extrema — de rara, inusitada revelación suprema.

«...¡ El arte ! ¿ Qué era el arte ? Placer de los Placeres; — la Luz que exalta al hombre sobre los demás seres... — *Por la Belleza*, esa era su consigna, esa — la razón de su ardiente vida : ¡ Por la belleza !... — Su vida... ¿ Qué era luego la Vida ?... El mundo propio. — Solamente el más alto ó el más humilde acopio — de impresiones soñadas — de ilusiones sentidas... — ¡ Los Sueños Realizados ! ; Las Ideas Vividas !... »

(1) Véase la nota de este capítulo al final del volumen.

Hablaba lentamente, con armonioso tono, — en la actitud del más natural abandono, — sobre el deslumbramiento de los albos manteles — llenos de argentería, cristales, y claveles, — entre el corro de oscuros fraques y *toilettes* claras, — pendientes de sus gestos y sus palabras raras.

Él estaba encantado. Mudo, desde su asiento — contemplábala como en un ensañamiento. — Cuando ella, apercibiéndole, con sonrisa divina, — preguntó por su nombre á una dama vecina :

— ...Aspecto más extraño, aire más inhibido... — Es que no ha amado aún, es que aún no ha vivido...

(Él la oyó vagamente). Y como en tono alzado — un amigo objetárala :

— El señor es casado...

— No importa, respondió. Hay quien vivió cien años, — tuvo mujer é hijos, dichas y desengaños, — y sólo en la agonía, al ver su vida trunca, — vino á caer en cuenta no había vivido nunca !...

CAPÍTULO II

Al tornar á su casa, él, triste, hipocondriaco, — mareado por los vahos del *champagne* y el tabaco, — lleno el cráneo de extrañas ideas sin sosiego, — que bullían, quemándole, como avispas de fuego, — parecíanle estrechos la Alameda (1) y la noche, — tras los macizos vidrios de su lujoso coche.

« ¡ Era verdad, Dios justo ! *Ella* había acertado. — Él no había aún vivido, él no había aún amado. — Niño, estudiante interno ; mozo, padre y marido... — Él aún no había amado, él aún no había vivido...

¿ Su infancia ? Un triste sueño sin ternuras ni cuitas, — en el claustro de los fríos padres jesuitas (2). — ¿ Su matrimonio ? Un pacto sin amor ni conciencia, — por razón de familia, por mutua conveniencia. — ¿ Sus hijos ? Tristes frutos de la carne encendida... — ¡ Ese no era el Amor, esa no era la Vida ! »

Recordaba sus tristes inviernos de estudiante : — los

(1) Véanse las notas de este capítulo al final del volumen.

estudios forzados, la regla intolerante; — el claustro misterioso, el corredor sonoro — en que ponían las tardes como un grito de oro...

Evocaba la historia de su enlace imprevisto: — la indicación del padre calculador y listo: — «...una suerte, ya ves... *Distinguida* y con plata...» — la declaración fría, embarazosa é ingrata; — el primer día de novios en el hotel risueño — de Viña del Mar (3), muerto de fastidio y de sueño. — Luego, la imperturbable vida en casa del suegro, — *ella* fría y de claro, él sombrío y de negro; — de día separados, ella en su vida de ocio, — él en su afán constante del agio y el negocio; — por las noches unidos mohinos, sin acento, — sin más que el vil placer físico de un momento. — Después, las diversiones sociales: los tes diarios, — que «el senador», su suegro, daba á sus partidarios; — los bailes y tertulias de la vida opulenta, — en que cada uno hacía por gozar por su cuenta...

Rememoraba el nacimiento de sus hijos: — las felicitaciones, los ajuares prolijos; — su angustia desbordada, su turbación sin nombre — (no acertaba si el chico era mujer ó era hombre) — la dicha de la madre, paliducha y enteca: — «*le* vestiré de seda... mejor que á mi muñeca...» — Y ya grandes los nenes, en sus charlas y mimos, — su angustia á sus preguntas: «¿Papá, por qué nacimos?...» — Y viendo cual crecían, su espanto, su hielático — terror ante el fantasma del Futuro enigmático...

Incoloro tejido de cien vulgaridades, — tristezas, convenciones, mentiras, necedades!

Y emociones intensas, vibrantes, sugestivas, — de

esas que al alma tocan en sus fibras más vivas — y hacen presentir toda la Vida en un momento, — con la clarividencia sutil del sentimiento ?

Solamente la augusta memoria, vaga, incierta, — de su madre, de su ideal madre muerta, — aquella dulce dama de ojos angelicales — de cabellos azules y manos ideales, — que arrulló el tierno ensueño de sus primeros años — con sus besos ardientes, con sus cantos extraños, — y que, sin que él supiera la razón, una tarde, — una tarde cualquiera en que el sol cual siempre arde, — señores enlutados con expresión amarga, — lleváronse en una caja negra y muy larga...

Además la alba imagen de aquella chica linda, — ojos como dos uvas, boca como una guinda, — Anita, «*la poupé*», sobrina del portero, — á quien amó en silencio durante un año entero, — y á quien sin saber porqué tampoco una mañana, — vió marcharse muy triste, en su traje de lana, — de la mano del viejo que andaba á pasos flojos, — la vió marcharse, llenos de lágrimas los ojos...

Nada más, nada más.

CAPÍTULO III

Pálido, febriciente, — al despertar de pronto la mañana siguiente, — tras el primer instante de visión sin diseño, — en que creyó que todo había sido un sueño, — sondeando el abismo de sus meditaciones, — tuvo miedo ante las lógicas conclusiones. — Y en la ardiente energía del primer movimiento — reactivo, buscando uno y otro argumento : — « su suerte estaba echada, trazado su destino. — Si erramos el camino, no es culpa del camino... » — convocando sin réplica su fuerza, su cordura, — trazóse al punto un plan de conducta futura.

« Ante todo no ver más á la Tentadora — y despedir del alma su imagen seductora. — Luego, más juicio práctico, menos sueño perdido, — conformidad, trabajo y distracción... y olvido. »

Y de acuerdo con este propósito ese día — no fué al Municipal (1) á oír cantar *Lucía*, — activo como nunca, como nunca parlante, — para no darse tiempo de pensar un instante.

Pero al llegar de nuevo su abono, fué otra cosa. — Disculpándose en su alma : « lo exigía su espo-

(1) Véase la nota de este capítulo al final del volumen.

sa », — á las nueve en su palco estuvo puntualmente.

Se cantaba *Gioconda*. Correcto, indiferente, — oyó los tres primeros actos, alta la vista — (Stella cantaba el rol de protagonista) — pero al final del cuarto, cuando muere Gioconda, — ¡qué tremenda sorpresa, qué conmoción tan honda — al notar que, vencido por el fatal encanto, — tenía la mirada nublada por el llanto !

Ya en la calle, al salir, fingiendo algo olvidado — á su esposa y su suegro, volvió sobre lo andado. — Y paseándose inquieto delante de la puerta — de los artistas, trémulo en la neblina yerta — de la noche de invierno, estuvo más de media — hora, en la angustia ardiente del que espera ó asedia ; — hasta que, arrebuñándose en la opaca penumbra, — vió salir á la diva radiante, que deslumbra — (preciosa estrella humana en su nube de pieles) — y en su lujoso coche de heráldicos corceles, — partir la vió en la bruma, el misterio y la noche, — sintiendo, ¡ ay ! que el alma se le iba tras del coche...

Al llegar á su casa, lívido jadeante, — después de loca ronda por la calle radiante — de humedad, penetrando á la alcoba sombría, — viendo á su esposa, Elena, que tranquila dormía, — insólita emoción de cruel remordimiento — le oprimió la garganta con brusco crispamiento : — « ¡ Pobrecilla ! (Inclinóse para poder besarla). — ¿ Tenía, acaso, derecho para sacrificarla ? — Y sus hijos dormidos, como aves, en su lecho, — para sacrificarlos, ¿ tenía, acaso, derecho ?... — ¿ No sería más lícito buscar medio, manera — para ha-

cer de su vida la Vida Verdadera ?... — Hablaría, hablaría sin tardar... »

Sin embargo, — no habló al día siguiente, cohibido por embargo — singular. Y siguió noche á noche asistiendo — al teatro y, noche á noche, la seducción bebiendo. — Y siguió espiando á Stella, entre la sombra bruna, — ante la fatal puerta : tal Pierrot á la luna ; — evitando, eso sí, en su inconciencia ignara, — hallarla frente á frente, mirarla cara á cara ; — evacuando la acera si, de día en la calle, — creía percibir á lo lejos su talle, — negándose á ir á cena ó tertulia, por bella — que fuese, do pudiera encontrarse con ella.

Una noche de teatro, delirio y pesadumbre, — en que recogióse algo después que de costumbre, — inquietóle al entrar percibir en su pieza — como un ruido de llanto, y cuál fué su sorpresa — al encontrar á Elena aún vestida, impaciente, — el pañuelo en los ojos, llorando amargamente.

Pálido, emocionado, con desenvuelto modo, — sin frases, sin rodeos, se lo refirió todo : — sus hondas reflexiones, su cruel clarividencia, — su duda ante su enlace trabado sin conciencia, — su horror á aquella vida de mentira y recato ; — la imperativa urgencia de un remedio inmediato : — la reflexión, la audacia, la rrupción si era lícito...

Mas aún no terminaba su discurso solícito — cuando, sintiendo que la sangre se le helaba, — apercibióse que ella, perpleja, le miraba, — habiendo ido mudando su gesto poco á poco, — como se mira á un niño, á un enfermo ó á un loco.

CAPÍTULO IV

Sombrió, desde entonces, desesperado, insano, — pensando que ya todo sería en vano, ¡ en vano ! — por la lógica de un reactivo movimiento, — entregóse con toda el alma á su sentimiento.

Siguió yendo al teatro, ahora diariamente, — diariamente bebiendo el seductor nepente. — Y si ya no esperó á la diva en la puerta — excusada, siguióla, ya con conciencia cierta, — buscando su salud, deseando su encuentro, — por las mañanas en el paseo del *centro* (1) — por las tardes en *dockar* con libre vanagloria, — rápido tras el vuelo de su gentil *victoria*.

Avanzaba septiembre. Las fiestas del Diez y Ocho (2) — asordaban Santiago de Alameda á Mapocho (3). — De día, embanderamiento con los colores patrios; — de noche, luminarias en pórticos y en atrios; — revistas militares, retretas callejeras, — y fondas en el Parque (4), y fuegos y carreras...

El 20 en el Club Hípico (5) celebrando el gran día,

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

— Tulio, galante astrónomo, tras su Estrella venía. — Paseábase inquieto delante las tribunas, — plenas de *toilettes* claras y de levitas brunas, — cuando un amigo al paso le dijo, que en la pista, — sólo esperaba el público, verle á él tras *su* artista...

Fué el brusco despertar, la fiebre de revancha.

Lívido de vergüenza dejó al punto la cancha.

Y desde aquella tarde de angustia y devaneos — no volvió ya á encontrársele en teatros ni en paseos, — sombrío, preocupado, activo, cabizbajo, — de noche con su esposa, de día en su trabajo.

Entretanto corrían los días ordinarios. — Y una buena mañana, revisando él los diarios, — encontró la noticia, entre amable y satírica, — de que partía esa noche la compañía lírica.

Día cruel de latentes congojas y emociones.

Activo como nunca en sus obligaciones, — pasó la tarde ahogando su angustia abrumadora, — mas al llegar la noche y al acercarse la hora, — saliendo de su casa tal como estaba, en traje — de interior, abordando el primer carruaje, — ordenó :

— Á la estación, volando, á la carrera...

Mas, ¡ cuál fué su sorpresa, cuál su congoja fiera, — al llegar y enterarse que el tren ya había partido !

En el andén, parado, inmóvil, sin sentido, — contemplando el asfalto gris por donde *ella* anduvo, — nunca luego ha sabido cuánto tiempo se estuvo, — inmóvil como un poste.

Al tornar á la cierta — realidad, ya los guardas entornaban la puerta — de hierros. Salió erguido, lento. Encendió un cigarro. — Y sin pensar siquiera tomar carruaje ó carro (6), — en el ansia de espacio de su congoja viva, — echóse á andar frenético por la Alameda arriba.

Él, que mientras aquella mujer dulce y terrible — respiraba su atmósfera, pudo estarse insensible, — creyendo en el supremo deber de un sacrificio, — al verla para siempre perdida, sin resquicio, — sublevábase contra su continencia fútil, — contra aquel sacrificio que conceptuaba inútil.

« Inútil, ¡ ah, sí! inútil. Pues, ¿ qué había ganado — con extirpar de su alma aquel germen sagrado, — única flor de Vida, de vida verdadera? — ¿ Acaso en su existencia posible esa vida era? — ¿ Cómo podría el hombre realizar la alta utopia — de la Procreación, sin tener una propia — personalidad antes? ¿ No debía él asiduo — ante todo formar su integral *individuo*?... — ¡ Si él se atreviera, si él se atreviera!... ¡ Dios justo! — Pero, ¿ á dónde llevábale su tremendo disgusto?... »

Toda su ardiente angustia, toda su cruel nostalgia, — toda su honda tristeza, toda su vil neuralgia, — tanto tiempo ahogada, tanto tiempo suspensa, — derramábase en su alma en una onda inmensa — de rencor desatado (tal un chorro de lodo) — contra el mundo y los mundos, contra todos y todo!...

CAPÍTULO V

Mudo, en sus reflexiones, concentrado, abstraído — no había notado él cómo habíase ido — la noche, cómo el alba azul de primavera — había llenado el patio con su luz hechicera — y cómo el sol triunfante, que ya en el cielo brilla, — pintaba sobre el suelo una raya amarilla.

De improviso una suave presión sobre su hombro — le hizo volverse rápido con convulsivo asombro.

Era ella, su esposa, en bata de mañana — rosa con blondas blondas, que, pálida y galana, — le miraba con muestras de vivo desagrado :

— ¡ Tulio ! ¿ Qué hay ?... ¿ Es posible ?... Aún no te has acostado... — Habla, una vez por todas... ¿ Qué significa esto ?... — ¿ Es que no eres feliz ?...

Y él con cómico gesto, — parándose de un salto, con brusco calofrío :

— ¡ Oh, sí, sí ! Muy feliz, muy feliz, amor mío ! — ¡ El mejor de los mundos, la vida incomparable ! — Levántome temprano con salud envidiable ; — trabajar todo el día, sudando sudor negro ; — comer bien, escuchando atento al señor suegro ; — Acostarse á las once,

satisfecho y contrito, — y roncar toda la noche como un bendito. — En resumen: comer, dormir, reproducirse... — como un animal... Ja! ja! ja!, echando á reirse... — Y cambiando de pronto de tono, con sombría — voz, avanzando un paso:

— ¡ Eh, eh, la tontería !...

Y antes que ella pudiera salir de su sorpresa, — cerrando tras de sí, se refugió en su pieza. — Se cambió de vestido, se acomodó el peinado, — se anudó la corbata con singular cuidado, — Y viéndose al espejo un punto con detalle, — sintiendo que faltábale aire, se echó á la calle.

La hora era avanzada. Y la hermosa Alameda, — en el polvo de oro, toda encendida y leda, — del sol primaveral, vibraba alegremente — con el férvido tráfico de *tranwais* y de gente.

En las acacias leve verdura tempranera — cantaba el triunfo de la nueva primavera; — el sol blanco tendía como una ardiente alfombra — por la avenida; el mármol de una estatua en la sombra — parecía realmente azul; de las cercanas — torres llegaban trémulos tañidos de campanas.

Y él pálido, sombrío, sin brillo la mirada, — andandô, andando por la acera soleada, — miraba consternado las gentes y las cosas, — que la gentil mañana ornaba con sus rosas, — con la estupefacción, con el aturdimiento — de quien sale de pronto de un mal encantamiento...

El centro, deslumbrante con sus claras vitrinas — de tiendas, joyerías, bazares y cãntinas, — veíase radiante, febriciente á esas horas, — lleno de caballeros, jóvenes y señoras, — lindas niñas de manto (1) cual salida de misa, — que espiaban al *pololo* (2) con velada sonrisa, — elegantes mancebos de gesto imperativo — tiesos ante los bares tras el aperitivo.

Y él hosco, á poco raudo que su emoción pregona, — andaba, andaba, andaba sin saludar persona.

« ¡ Bendición ! ¿ Eran esas frentes lindas y *obscuras* — las futuras esposas y las madres futuras ? — ¿ Y eran esos impávidos rostros fatuos é impuros — los futuros esposos y los padres futuros ?... »

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

CAPÍTULO VI

Cuando súbito hallóse de frente en las aceras — con el diabólico amigo que, en las grandes carreras, — le diera aquella mala broma, tal una herida, — que al verle aproximósele con la mano tendida:

— Hombre, lo siento mucho... Mi duelo por tu duelo... — Con que anoche á las diez tu Estrella emprendió el vuelo?

Y él, sin sentirse herido, sin sombra de amor propio:

— Eso, y me ha dejado cesante el telescopio...

Y deshízose en una risa estúpida, amarga, — sostenida, epiléptica, desconcertante, larga, — que ora tornóle verde, ora dióle sonrojos — y al expirar llenóle de lágrimas los ojos.

Luego, ajustando el paso, correcto, indiferente, — dejándose guiar automáticamente, :— « vamos un rato al Club (1); no es hora aún de trabajo... » — siguió con el amigo por Huérfanos abajo.

Mas al doblar la esquina de la calle Bandera — separóse, fingiendo un asunto cualquiera.

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

Pasaba, pensativo, ante los ventanales — del antiguo palacio de los Tribunales (2) — cuando un sórdido grupo en estridentes gritas; — rostros de pergamino en verdosas levitas, — obligóle un momento á detener los pasos.

Abrióse al fin camino repartiendo codazos.

« ¡La Justicia! ¡ Esa era la justicia, Dios santo! — La que fusila al pobre sin causar un espanto — y la que absuelve al rico entre ardientes piedades (3). — Tal todas las justicias del hombre : iniquidades!... » — Y acordóse de tantos crímenes, ya comunes, — perpetrados por ricos, que al fin quedan impunes.

— ¡ Oh, qué asco, qué asco !

Había llegado en tanto — al Portal (4) lleno de mu-
jerzuelas de manto.

Sentiase molesto, vacilante, indeciso.

Dispúsose á tornar y al instante lo hizo. — Tomó el primer tranvía.

Inmóvil en su asiento, en el más deprimente, extraño sentimiento, — no veía, no pensaba, no deseaba nada, — cuando al alzar de pronto la lánguida mirada, — notó que, equivocando, en su impaciencia viva, — el *tramway*, encontrábase en la Alameda arriba, — frente al maravilloso Cerro Santa Lucía (5) — que, por sobre los techos de las casas surgía, — con sus peñas, verdosos, mármoles y fragancias.

« Si subiera un momento... Calmaría sus ansias... »

Bajóse. Salvó el pórtico (6) con alegría loca, — siguió por el camino practicado en la roca, — entre acacias

floridas y magnolias tan frescas ; — pasó bajo el Hotel (7) de escalas luisquinescas, — y ascendiendo á través del risueño *parterre* — del teatro (8) de verano con aspecto de *serre*, — tomando por la calle de tilos fresca y quieta, — no paró hasta encontrarse en la última glorieta (9).

¡ Incomparable vista, perspectiva inefable! — Bajo el resplandeciente azur inmensurable, — tendíase á sus pies la gran ciudad informe, — palpitante de vida, febricitante, eñorme, — con sus templos, sus casas, sus jardines, sus calles, — lindada por los álamos de los vecinos valles, — las llanuras azules, los cerros pintorescos — y el cordón de los Andes albos y gigantes...

CAPÍTULO VII

• Se encontraba encantado.

De pronto su mirada — posóse en un palacio de imponente fachada : — el Congreso.

« La Cámara de los representantes — del Pùeblo : distinguidos señores importantes, — que saben de Derecho, de tertulias, de estrenos — teatrales, de amóríos, de agio, de todo... menos — de ese pueblo que representan... (1) ¡ La política ! — Fáciles elecciones, encantadora crítica,— flamantes ministerios, prebendas, *cambullones* — sabios... ¡ Ah ! la política : ceguedad y ambiciones !... »

Volvióse. Alzó los ojos al impasible espacio. — Luego, mirando al sur, reparó en el palacio — de la Universidad.

« Letras, Ciencias sociales ; — las eminentes profesiones liberales... — Cuántos jóvenes pasan ahí sus mejores años — tras un título inútil. Después, los desencaños, — la inacción, la miseria.. Y el correteo eterno

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

— tras el fatal Toisón de oro del Gobierno... — Y era esa juventud presuntuosa y vana — la llamada á alentar el triunfo del mañana !... » (2).

Volvióse nuevamente. El espacio recorre. — Cuando al pronto fijóse en la empinada torre — de la catedral vieja, soberana y sencilla — (no la de hoy afeitada como una mujercilla) (3).

« ¡ La Religión ! Muy grande la religión, por cierto, — como ideal de moral. Un abismo, un desierto, — como agente político, ó medio ultramontano. — ¡ Amor, Piedad ! Muy grande el Ideal cristiano... — Pero esa cruz de hierro, esa cruz... algo falta... — Habría que alzarla alta... alta... mucho más alta... »

Sintióse emocionado. Y allí ante el infinito — brotó de su alma, de su misma alma un gran grito :

— ¡ Oh, ciudad, oh querida ciudad hermosa y ciega ! — Como el París moderno, como la Atenas griega, — si no elevas tus miras, si no alzas tus regímenes, — si no curas tus úlceras, si no purgas tus crímenes, — cacarán tus patricios, tus vírgenes y efebos — bajo el carro de hierro de los Bárbaros Nuevos, — los poderosos bárbaros industriales del Norte (4), — que ha tres siglos avanzan con su infernal cohorte ! »

Y exaltado á su propio acento temerario — (nuevo Crucificado sobre nuevo Calvario) — lloró, sí, lloró sobre la gran ciudad que al día — siguiente (¡ cruel sarcasmo !) su nombre execraría.

De pronto estremeci6se. Con afán que le hiela — sintió en su oído una voz clara :

— ¡ Stella ! ¡ Stella !

« ¡ Obsesión del infierno ! ¡ Increíble mancilla ! — No sería al fin Todo más que vil pasioncilla !... »

Sintió helársele el alma. Cuando un horrible estruendo — maquinalmente, le hizo dar un salto tremendo.

Miró. Vió una gran nube de humo. Sonrióse. — Era el tradicional cañonazo á las doce (5).

CAPÍTULO VIII

« Las doce! El señor suegro ya estaría almorzando; — el señor senador... »

Y rápido bajando — por las directas, rústicas escalillas de piedra — con barandas de hierro, entre peñas y yedra, — ya en la calle, abordó el primer carruaje.

« ... Estaría almorzando. Mejor, haría viaje — al Club, mejor *chez Gage*... Allí estaría solo... »

— *Al Restaurant Santiago*...

Y el cochero llevólo.

Eligió un saloncillo. « Allí persona asedia... » — Pidió dos ó tres platos de fantasía, media — de *Champagne* y un habano. Y despidió al sirviente. — « Nada más... Llamaría si creía conveniente. »

Sirvióse. Comió poco. Bebió á sorbos escasos.

De afuera le llegaban ecos de hablas y pasos.

¡Cansancio más terrible! Se le iba la cabeza.

De pronto pareciale que el mantel de la mesa — se agitaba, crecía de inusitado modo; — crecía, blanqueando el aire, el muro, todo. — Era una alucinante atmósfera lechosa — en que ya no acertaba á ver la menor cosa. — Luego fugaces círculos negros, círculos

rojos, — círculos verdes fueron girando antes sus ojos; — girando y estrechándole con infernal desgaire.

Se nublaba el ambiente. Le iba faltando el aire. — Fuera, una voz llamábale como una melodía. — Quería incorporarse, pero no se atrevía. — Algo como el imperio de una sentencia adversa — le ligaba á su silla con invencible fuerza.

El aire estaba obscuro. Y él casi se asfixiaba. — Y el rápido haz de círculos más y más le estrechaba. — Fuera, seguía llamándole el celestial acento...

Probó pararse entonces. Mas no dejó su asiento. — Extravagantes sombras en la atmósfera negra — (creyó reconocer á su esposa y su suegra) — asíanse á sus brazos con fuerza endemoniada...

No se asombró... Era raro : no le asombraba nada.

Mas no tenía fuerzas ya, se desvanecía... — Fuera, la voz más dulce. — Y él quería y no podía... — ¡Qué angustia más terrible!... ¡Y qué voces más bellas! — — Así debía ser la voz de las estrellas.

Sintióse desmayar... Quiso llamar á gritos... — No pudo : le oprimían como dedos malditos...

Agonizaba ya... Cuando un eco estridente — hízole levantar de las manos la frente.

Era el mozo. Era el mozo que hablábale allí junto.

— Si el señor quiere un coche... Son ya las seis en punto...

« ¡Las seis! ¡Había dormido cuatro horas! »

— ¡Ah, Dios mío!

Se alzó. Pagó la cuenta. Salió lento y sombrío.

Al cruzar la cantina con paso temerario, — miró al azar la cifra roja del calendario. — « Noviembre, 17.

¡Diez y siete! ¿No era esa — la del día de su esposa? ¡Espantosa sorpresa! — El cumpleaños de Elena... Y él no había asistido — al banquete obligado... ¡Ahora estaba lucido!... »

Fué como la impresión de frialdad espantable — que deja la conciencia de un mal irreparable. — Parecíale que aquel olvido involuntario — ponía entre ambos un abismo necesario. — Algo como conformidad en el disgusto. — Habría visto el color de la sangre con gusto.

Figuróse su esposa triste, su suegro insano. — Y parecióle aquello lejano, muy lejano. — Figuróse su hogar, los nenes, la niñera. — Y parecióle que ese hogar, su hogar no era.

Crispó entonces sus labios una sonrisa fría.

« Lo que era ahora, oh sí! ahora se atrevería!... »

CAPÍTULO IX

Llegaba á la Alameda. Expiraba el ocaso. — Los árboles pintábanse negros, con rudo trazo, — sobre el cielo de acero que, en tanto más luz pierde, — tal un agonizante, iba quedando verde.

Y él erguido, correcto, tranquilo en apariencia, — aunque turbada el alma por horrible impaciencia, — andaba, andaba, andaba y, mientras más andaba, — los vacilantes pasos más y más acortaba, — en la esperanza vaga, en la idea resuelta — de retardar por una eternidad la vuelta.

Pero ya se encontraba frente al palacio en fiesta — lleno de luces, ruidos y ecos vagos de orquesta.

« ¿Qué hacer? No había más... » Y entró con paso firme.

— Si no encontrara á nadie... Si lograra escurrirme... Mas Tulito salía con los brazos abiertos :

— Papá, ¿por qué has tardado? Estamos medio muertos...

Oyó la voz muy lejos. « ¿Qué fué lo que le dijo? — ¿Aquella, era *su* casa? ¿Aquel, era *su* hijo? »

Metióse en su aposento. Cerró con doble llave. — Y vistiéndose en un minuto, activo, grave, — (la camisa,

el frac nuevo, la corbata, los guantes) — volvió á salir erguido con pasos resonantes.

Casualmente ese instante mismo, los convidados — pasaban de las salas al comedor, guiados — por el dueño de casa, tieso en su frac que brilla.

Saludó aquí y allá. Entró. Ocupó su silla.

¡Qué sombría su suegra! Su esposa, ¡qué confusa! — Ni pensó dar siquiera explicación ó excusa. — Y enredóse en la charla, que comienza á animarse — con los platos que corren y el *château* que se esparce.

Se hablaba de política. Su suegro, el « honorable — senador », afirmaba la urgencia incuestionable — de cierta agregación en favor del Gobierno. — Y explicábase en tono ora airado, ora tierno — á dos famosos ya, jóvenes diputados.

Los demás, masticando, asentían callados.

Tulio, de vez en cuando, negaba ó asentía.

— ... Seríamos Gobierno. Y la hora llegaría — de hacer obra patriótica de adelanto y progreso...

Interrumpióle Tulio :

— Todos deseamos eso : — Caminos, por ejemplo, caminos ferroviarios — que darían auge á los grandes propietarios ; — suntuosas construcciones, que traerían más de una — buena propuesta para ministros sin fortuna ; — uniforme más bello para las guarniciones ; — empleos expofeso ; prebendas, subvenciones... — y una estatua al Civismo! (1)

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

Todo el mundo rió; — brazos en forma de U, bocas en forma de O...

Después de la comida en el salón estuvo — Tulio, solo en un ángulo, fumaba pensativo, — cuando un fru-fru de sedas le hizo estremecerse.

Ella que le buscaba sin poder ya vencerse :

— Mil gracias... Mi cumpleaños... y todo el día perdido...

— ¿Qué dices ?...

— ¿No me oyes ?

— Estaba distraído.

— ¿De ese modo celebras el día de tu esposa ?...

-- Ya sabes... Toda fiesta social me es tan odiosa!...

— Lo sé... Nunca has podido hacer un sacrificio...

— ¡Qué dices, desdichada!...

« ¡Espantoso suplicio! ¿Y su gran sacrificio? ¡Se aprecia de ese modo!... — ¡Habría, explicaría, lo contaría todo!... »

Pero á ese tiempo entraban dos ó tres convidados.

Separáronse lívidos, con los labios crispados.

CAPÍTULO X

Eran las diez y media.

Comenzaba la fiesta. — Bajo el ensordecente preludio de la orquesta, — los suntuosos salones vibraban deslumbrantes — de luces, con sus regios tapices y radiantes — espejos, llenos de una selecta concurrencia — que seguía entrando en férvida afluencia.

Empezaba á bailarse las primeras cuadrillas. — Trazando las figuras ya abstrusas, ya sencillas, — volaban cien parejas envueltas en reflejos, — multiplicándose sin fin en los espejos...

Tulio, en su frac, correcto, frío, los labios mudos, — devolviendo de paso, sin hablar, los saludos, — iba de aquí hacia allá en aparente calma, — ahogando en su pecho el tumulto de su alma.

Contemplaba la fiesta con sombría mirada, — en la impresión insólita de angustia desbordada — de quien comienza á darse alguna horrible cuenta. — Seguía las parejas en ronda violenta — (damas de airoso garbo, mozos de gentil porte) — cual maniqués movidos por oculto resorte.

« ¡La danza! ¡Vil pretexto del mundo del Placer —

para abrazarse en público el hombre y la mujer! — Era una corrupción de la vida moderna. — Los griegos no danzaban. Solamente la eterna — meretriz, la funámbula y la diva en sus reales — fiestas lucían el arte de sus piernas triunfales... »

« ... ¡Aspectos más ridículos! Cómicas altiveces!... — ¿Cómo había podido bailar él tantas veces?... » (1)

Pasaba cabe un grupo. Alguien le habló, no supo — qué. Era un grupo de damas. Aproximóse al grupo.

— Tulio, le felicito. ¡Maravilloso efecto!... — (Era una joven dama de asaz extraño aspecto.) — ¿Son nuevas las arañas?... Arden de una manera... — Parece que el salón enteramente ardiera...

— ¡Idea fascinante! ¡Oh, si ardiera realmente! — Todo : tapicería, muebles, espejos, gente, — envueltos en la púrpura de una llama gigante!...

Y ella, en el abanico ocultando el semblante :

— Eso sería terrible...

— ¡Terrible... pero hermoso!

Y echóse él á reir con nervioso alborozo.

Separóse obsedido. Brusco ardor hiperbólico — crispábale las manos con calofrío diabólico :

« ... Un golpe á la cortina... Casualidad, descuido... — Contra las luces próximas... Y asunto concluído... »

Avanzaba temblando... Cuando airada voz clara, — zumbándole al oído, le hizo volver la cara :

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

— ¿Qué haces? ¿Vas á pasar así la noche entera?...

— ¿Hasta cuándo, pues, quieres hacerme sufrir?...

Era — *ella* que le espiaba con mirada de gata.

« ¿Hacerla sufrir él?... ¿Qué decía, la insensata? — ¿Él que en horrible vida en el mundo más tonto, — á su menor capricho siempre encontróse pronto? — ¿Él que en vil existencia, cohibido día y noche, — nunca para ella tuvo el más leve reproche? — ¿Él hacerla sufrir?... ¡Espantosa ironía!... — ¡Oh, sí! ¡Lo que era ahora, ahora ya se atrevía! »

CAPÍTULO XI

Mas en aquel instante un joven diputado — aproximóse á Elena, muy gentil y engomado, — ofreciéndola el brazo.

Con visible embarazo, — ahogando un suspiro, aceptó ella aquel brazo.

En cruel estado de alma de angustia insoportable, — ella presentía algo obscuro é inexorable, — que avanzaba en la sombra con paso de fantasma, — y la crispa los nervios, y la irrita y la pasma.

Con qué congoja, pues, con qué ansia manifiesta — dejóse arrebatarse, á compás de la orquesta, — en brazos de aquel hombre cuya mirada aguda — y torpe le quemaba la garganta desnuda.

Así, tras el odioso paseo sistemático, — cuando al fin se vió libre de aquel tipo antipático, — al encontrarse sola frente á su sentimiento, — su primera impulsión, su primer movimiento — fué buscar á su esposo, de su ansiedad en ala, — con rápida mirada á través de la sala.

No estaba allí ya... Para gritar le faltó poco. — Pasó

al otro salón. No estaba allí tampoco. — Pasó al *buffet* entonces. Tampoco...

Sin aliento — salió al patio. Acercóse temblando á su aposento. — Había luz. «Era él...» De un golpe abrió la puerta.

Ante la mesa, próximo á la cómoda abierta, — Tulio de chaqué negro, muy pálido y severo, — liaba nerviosamente un maletín de cuero.

Junto á él, en una silla con cubierta de encaje, — se veía el sombrero y el paletot de viaje.

Avanzó ella temblando : todo á su afán responde :

— Tulio, ¿ qué haces ?...

— Ya ves...

— ¿ Te marchas ?

— Sí.

— ¿ Y á donde ?

— No lo sé.

— ¡ No lo sabes !

— No.

Calló consternada.

Dentro, la fiesta estaba más que nunca animada.

Llegaba de las salas, en ondas indecisas, — la alegre resonancia de la charla y las risas, — y como largas quejas de incógnitos confines, — los lánguidos arpegios de los tristes violines.

¡ Qué cruel sarcasmo pues era en aquella mágica — fiesta la horrible angustia de aquella escena trágica !

Estaba pronto él. Con frialdad sencilla — tomó el sombrero y el paletot de la silla.

Mas ella se interpuso con denodado gesto :

— ¡ Por Dios, Tulio, por Dios ! ¿ Qué significa esto ?

— ¡ Explicate, por Dios !...

Y el llanto contenido — desbordó de su pecho en un ronco gemido.

¡ Oh, cómo sollozaban los violines adentro !

Tulito, que se hallaba allí por un encuentro — casual, también lloraba, aferrado á su madre. (¡ Ah, ya en él iba el germen de locura del padre !...)

Vaciló Tulio un punto.

Y ella, en ardiente ruego :

— Por Dios, explica...

Pero, reponiéndose él luego :

— No es tiempo ya...

— ¿ No es tiempo ?

— ¡ No !

Y rápido, violento, — saliendo por la puerta del próximo aposento :

— ¡ Adiós, adiós ! Cruzando el vestíbulo. Y fuera — ya, metiéndose al coche que aguarda ante la acera, — dió al cochero dormido la orden de la partida.

« Y á vivir... á vivir... la Verdadera Vida !... »

MARGARITA ARTIGAS

Á G. VALLEDOR SÁNCHEZ.

PROEMIAL

Aunque hace tanto tiempo que solitario vago — y aunque á tanta distancia me encuentro de Santiago, — tan bien me acuerdo de *ella* que es como si estuviera — viéndola en este instante. ¡ Seductora quimera!

Es como si estuviera viéndola en este instante, — en su vestido claro, sonriente el semblante, — apoyada á las rejas de nuestro buen cuartito — con balcones abiertos al azur infinito. — Sonriente el semblante, dando á la luz del día — los lindos dientes en el coral de la encía; — inmóviles los ojos, las miradas perdidas, — del color verde triste de las hojas caídas; — el talle esbelto y grácil; la mano inquieta y breve, — fina como la seda, pura como la nieve, — y revelando en todo su aire y su apostura, — la ideal delicadeza, la lánguida dulzura — de alguna flor exótica abierta sobre un yermo, — de algún ave nostálgica ó de algún niño enfermo.

¿Cómo fué aquel poema de amor de quince días? —
¿Cómo fué aquel idilio de angustias y alegrías?

Es una historia cándida, una historia sencilla —

como un rayo del alba, como una florecilla — ó como un sueño núbil. Una sencilla historia — de insólitos ardores, de dicha transitoria, — en el fondo de oro de los días de estío. — Tal una margarita perlada de rocío.

PRIMER CAPÍTULO

La conocí una tarde de oro, azur y grana — en que, como una estrella, pasó por mi ventana.

Yo me hallaba sombrío, sombrío y cabizbajo, — trabajando acodado en mi mesa de trabajo, — cuando, al alzar la vista, noté tras los cristales — su lánguido rostrito de pupilas astrales — á que una melancólica expresión de quebranto — daba los atractivos de un singular encanto.

Deslumbrado, cual víctima de una atracción de abismo, — dejando mis labores salí al instante mismo. — Y por la calle fúlgida seguí en pos de su huella, — moderno Sagitario tras una humana estrella. — Mas aunque perseguíla ardoroso, atisbéla — por uno y otro lado, y por fin abordéla, — no levantó los ojos, no contestó á mis frases, — y tornando de pronto los pasos más fugaces, — burlado allí dejóme en medio de la acera, — bajo la risa de oro del sol de primavera...

Pasaron varios días de calma y vida obscura — y no volví á acordarme más de tal aventura, — considerándola por siempre terminada. — Cuando una mañanita alegre y perfumada, — encontrando en la calle á una

niña adorable — de ardiente cabellera y mirada inefable; — en vestidillo negro y en chaquetilla lila, — al punto lleno de placer reconocíla. — Y cuál no fué la dulce sorpresa que me hiriera — al ver que ella, al notarme desde la opuesta acera, — mirándome radiante con ingenua alegría, — como á un amigo de otro tiempo, me sonreía.

Ardiente, estremecido la seguí por la calle, — mirando como en una nébula azul su talle, — constante tras sus pasos, buscando su divina — mirada verde y húmeda, hasta doblar la esquina. — Y como ante una puerta parase al fin el blando — paso, ante aquella puerta abordéla temblando.

La digo la alegría de tan dulce sorpresa. — Me contesta benévola con lánguida terneza. — Me mira sonriente, la miro irresoluto... — Y tras un delicioso diálogo de un minuto, — me marché sublimado por la gran calle en calma — con el sol en las venas y la gloria en el alma.

Desde entonces nos vimos sin falta cada tarde; — ó á las doce del día cuando el sol fúlgido arde — sobre los mudos árboles en la calle desierta, — ocultos en el hueco sombroso de su puerta, — ó en las noches de luna empolvadas de plata — á la sombra azulosa en la esquina inmediata, — en deliciosas citas de premura hechicera, — mañana, tarde y noche una semana entera.

¿Resultado? La vaga impresión (tal decíamos) — de que hacía mucho tiempo ya que nos conocíamos.

Nada más, lo confieso. Eran impenetrables — aquellos diez y siete años frescos y amables. — Sus dulces

ojos glaucos tan pronto se rielaban — de fuegos de ternura como se vaciaban — en la expresión de la más honda indiferencia.

— ¿Qué piensas ? preguntábala á veces sin paciencia.

— Mucho, mucho, al instante me respondía azorada ;
— mucho, mucho, y al fin... al fin... no entiendo nada.

Otro tanto pasábame á mí mismo. Tampoco — yo á entender acertaba el sentimiento loco — que iba colmando mi alma. Era como un perfume, — que endulzaba el horrible marasmo que consume — mi corazón enfermo ; era como un baluarte — contra la tiranía de mis ensueños de arte, — (hosca bandada de águilas y quimeras malditas). — Perfume, sí, y baluarte de frescas margaritas.

CAPÍTULO II

Así las cosas, una noche estival que ufano — acudiera á la cita, hube de estarme en vano — esperándola inquieto, paseando ante su casa, — del próximo farol, á la áurea luz escasa. — Á la noche siguiente, lo propio. Fatigado — hube al fin de marcharme como ún desesperado. — Y sólo á la tercera noche salió un instante — con grandes precauciones, demudado el semblante, — para hablar un minuto, tímida, recelosa...

(¡ Oh, cuán pálida estaba su boquita de rosa !)

Pasaban hechos graves. Enterada la tía — (la tía con quien ella desde niña vivía) — de nuestras relaciones ya más que manifiestas, — alguien la había hablado, con ardientes protestas, — pestes del pretendiente : « un loco sin sentido — un seductor de oficio, un poeta un perdido... (1) » — Y aquí fueron las rondas, las averiguaciones, — las frases de amenaza y las prohibiciones. — Y fueron para ella los días de quebranto — y las noches sin sueño, ahogada por el llanto.

(1) Véase la nota de este capítulo al fin del volumen.

Sombríos, ambos presa de congoja infinita, — como no fuera dado prolongar más la cita, — resueltos convinimos, tras los adioses tiernos, — la mañana siguiente, sin falta, á las diez vernos. — Cuando un inesperado suceso repentino — á acelerar el curso de la aventura vino.

Sucedió que, habiendo ella salido á la mampara — para decirme al verme pasar « la dispensara », — la tía que espiaba repleta de veneno, — saliendo de repente nos sorprendió de lleno. — Y mientras Margarita huye como una histérica, — encarándoseme ella abor-dóme colérica :

— ¡Ah, es usted !... Hace usted muy mal... Es indecente... — La niña está de novia con el joven de enfrente... — Y usted... usted la pierde...

« ¡ Dios mío ! ¿ Qué escuchaba ? — ¿ La niña, la adorable niña, así me engañaba ? »

Y sin oír ya nada, nervioso, cabizbajo — eché andar como loco por la alameda abajo — en un insoportable complejo sentimiento — de angustia, de vergüenza, de horror, de aplastamiento.

Era día domingo. Bajo la luz que muerde — los árboles dormían su dulce ensueño verde, — é iban cien grupos negros, por la acera plomiza, — de mujeres de manto que salían de misa.

Sereno, ya calmado de mi terrible encuentro, — en el tranvía eléctrico que me llevaba al centro, — mudo, dábame cuenta, con gran clarividencia, — que vivía esa hora rara en una existencia — de ser árbitro de un des-

tino : « ¡ Pobrecilla ! — ¿ Iba á ser yo la causa de su eterna mancilla ? — ¿ No sería más bueno no enturbiar su alma pura ?... » — Pero mi piedad sólo un breve instante dura. — « ¡ Oh, no ! Debe ser mía, mía... Su amor me obsede... — No abdicaré la dicha que hoy la Vida me cede... — Necesito al momento la prueba decisiva : — una resolución pronta y definitiva... »

Y así, al día siguiente, cuando tras cien paradas — ante el misterio de sus ventanas cerradas, — logré hablarla de paso la exigí rudamente — una explicación rápida, precisa, contundente.

Contestóme encendida, con ardor que la exalta, — que la mañana próxima saldría á hablar sin falta.

¿ Y bien ? Sin falta alguna salió, salió ¡ á fe mía ! — Y nos trepamos al cerro Santa Lucía — para hablar un momento. Sólo, sí, que el momento — fué de más de tres horas y, al bajar sin aliento, — no bajó ella sino para escapar conmigo.

CAPÍTULO III

¡Horas encantadoras! ¡Paseo que bendigo!

Sentados en la plaza de Pedro de Valdivia (1) — en la quietud de oro de la atmósfera tibia, — ante la gran cascada, entre los frescos prados, — hablamos largamente, jadeantes, enlazados : — « Era verdad. Su tía la instaba se casase, — mas ella no quería, no aceptaba ese enlace... » — Y como yo objetárala, sin fe, en todos sentidos, — callamos un instante, callamos resentidos. — Pero los ojos húmedos se encuentran y con ellos — los labios febricientes. Juntos en los destellos, — nos besamos ansiosamente sobre la informe — ciudad ardiente á nuestros pies, ardiente y enorme.

Luego almorzamos juntos en el Hotel tranquilo — con su triunfal portada de luisquinesco estilo, — sobre la ancha terraza, en la hora sin tules — á la sombra de las campánulas azules, — ante la gran ciudad hormigueante á lo lejos, — envuelta como en una gloria de áureos reflejos...

(¿ Estaba escrito acaso? ¡ Sublime desvarío! — ¡ No debíamos ya separarnos, Dios mío!)

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

En seguida, de nuevo, subimos de pasada — hasta la gruta de la Cimarra Encantada (2). — ¿No era eso mismo, acaso, nuestras nupcias casuales? — Dejamos en la roca gris nuestras iniciales (3).

Después, por la amarilla calle reverberante, — tomamos paso á paso hacia un hotel galante...

... La impresión cegadora de la alcoba sombría, — el primer tierno abrazo de amor y de alegría, — las caricias profundas, el ardor de suplicio... — ¡Y al tan deseado, al tan amable sacrificio!...

Ya tarde, macilento, con horrible quebranto, — en una impresión vaga de angustia y desencanto, — salgo en busca de un nido para nuestros amores, — á la hora en que el crepúsculo comienza á abrir sus flores.

Cenamos tristes, mudos en un comedorcito — privado, tal dos cómplices de tremendo delito.

La mañana siguiente, tras deliciosa noche, — tras deliciosa noche de amor y de derroche, — pálido y mustio vuelvo á salir por el nido. — Y consultando el diario, yendo en todo sentido, — logro al fin encontrar un local conveniente — en la *Pensión de Italia*, en la calle del Puente (4).

Después de almuerzo, en pos de la postrer mirada — á « nuestro » hotel, partimos por la calle soleada — á la Plaza (5), á tomar helados... y tranvía — para irnos á la Quinta Normal (6), en compañía, — tras de aire puro.

Toda la áurea tarde en la Quinta — á través de las sendas que fingen blanca cinta, — bajo los centenarios árboles verdegueantes — trémulos á los besos de las brisas amantes, — corriendo aquí y allá, cortando rosas frescas — en infantiles juegos, en amorosas grescas.

Muy tarde ya, rendidos, de aire el pecho hartó, — comimos tiernamente en nuestro nuevo cuarto, — ante los vidrios, que eran como un cielo minúsculo — verdeados vagamente por el postrer crepúsculo; — servidos por una alba, graciosa jovencita, — hija de la señora de la casa, Amalita.

CAPÍTULO IV

¡Oh, los primeros días de pasión victoriosa! — ¡Vida color de sueño, sueño color de rosa!

Yo iba á verla de diez á doce en la mañana — al cuartito forrado de papel ocre y grana; — en la tarde, después del trabajo del día, — cuando el oçaso trémulo en el balcón moría, — ante el cual nos sentábamos en amantes querellas — para admirar el mágico orto de las estrellas, — y después de comida en la noche azulada, — hora en que ella esperábame á la reja acodada — para pasar unidos casi la noche entera — en lánguidas caricias de ternura hechicera.

Nerviosa ella venía y en una gran fatiga — de espíritu y de cuerpo que la enerva y la liga. — Después de los espasmos quedaba inmóvil, yerta, — con los labios crispados, sin voz, como una muerta.

— ¿Qué sientes? preguntábala en actitud sumisa.

— No sé, me respondía con amarga sonrisa.

Una ocasión, al verme poniéndome los guantes, — tuvo una frase dura :

— Viene aquí por instantes, me dijo.

Aquella tarde llegué á verla temprano. — Y salimos á dar un paseito al cercano — Parque Forestal (1).

Dulce, seductor paseito — á orillas del Mapocho, bajo el claro infinito — entre la doble hilera de olmos frescos y umbrosos, — mas ¡ah! sin el encanto de aquellos deliciosos — encuentros á hurtadillas, bajo la luz escasa, — en pie sobre la acera negra, frente á su casa, — antes de poseerla...

Al tornar al ocaso, — contemplando el poniente, donde nubes de raso — fingían ilusoria teoría descendente, — bromeamos con mucho humor, alegremente :

— Parece una teoría de vírgenes...

— No, un vuelo — de ángeles rubios...

— No, de vírgenes... sin velo...

Otro día en la noche, punto más de las ocho, — fuimos al circo Japonés, que cabe el Mapocho (2) — alzaba su gran lona cual parasol chinesco, — donde la murga hacía un estruendo grotesco.

Los equilibrios mágicos de los feos nipones, — lívidos en sus sedas de colores gritones — (¡oh el trapecio de la Crisantema de Yedo!) — la conmovieron mucho, la llenaron de miedo.

— ¡Ay! Me pongo nerviosa, me decía volviendo — ¡a faz.

— Como á los besos, la contesté riendo.

Una tarde, mirándola, bajo la luz bermeja, — de nuestro buen cuartito apoyada á la reja, — tuve, tal un relámpago, un hondo pensamiento :

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

— ¡Oh! ¿qué éramos nosotros, la dije turbulento, —
uno respecto de otro ha poco más de un mes? — No
nos habíamos visto ni siquiera una vez.

— ¡Y ahora!... Es increíble...

Y ella, con voz de niño :

— ¡Es que habría cariño!

¿Es que habría cariño?

CAPÍTULO V

El domingo pasámoslo alegremente. Luego — de almorzar, en la tarde silenciosa, de fuego, — jubilosos subimos al tranvía del Llano — Subercaseau (1) en la bulla de un tumulto inhumano.

Afuera, en una pobre chacrita (2) de recreo — tomamos la empanada (3) rociada con burdeo — nacional, (4) contemplando debajo los nogales — la cueca bailada por parejas rurales, — al son agonizante de una vieja guitarra, — entre un corro de rotos (5) y mujeres en jarra.

Margarita se hallaba regocijada. Pero — yo, un punto que apartéme á un vecino sendero, — tuve una impresión trágica, viéndola así rendida. — « Allí estaba la amada, ahora la querida, — al alcance de mis besos... ¡Oh! ¿Qué se había — hecho la ilusion tierna, pura del primer día?... — ¡Ah, no! Ella no alcanzaba, tan dulce y adorable, — á llenar el vacío, el vacío insondable — de mi espíritu enfermo... Mi espíritu, el impío — sol, la tierra, la Vida... — ¡Oh, qué inmenso vacío!...

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

Al tornar, bajo el duelo violeta del poniente, — las ideas punzaronme aún más agudamente, — en el tranvía que el polvo traía en una nube.

Recordé que de niño con mi padre allí anduve : — « Mi padre... Él había hecho la jornada pesada — por mí... Yo, yo debía calmar esa jornada... — ¿Y qué hacía?... Perdía el tiempo en vanos empeños... — Y pasaban los años y caían los sueños... — ¡Ah, locura, locura!... »

Y lágrimas fervientes — cruzaban, como látigos, mis mejillas ardientes, — mientras la pobre niña, sin darse cuenta exacta, — me miraba callada, sombría, estupefacta...

En seguida, durante la semana, la misma — vida fácil y buena, cual vista bajo un prisma — azul, de amor ingenuo, de ardientes devaneos, — de lánguidas caricias, de bromas, de paseos.

Por la mañana juntos, en abrazos eternos, — al balcón acodados departíamos tiernos, — sobre la comercial calle febricitante — con su incesante tráfico y su ruido incesante, — mirando la vecina vieja pastelería con su chata vitrina glauca, la *chanchería* (6) — que reclamaba un cerdo negro sobre un letrero — y una gran Casa de Remate (7) semanero.

Por la tardes, en tanto los deslumbrantes oros — del sol ponían fuego á toreros y toros — que el papel de los muros exornaban, cerrados — los balcones, leíamos en el sofá tumbados, — leíamos la *Mónica* de Bourget, que á ella aflije — y para quien tenía frases propias : « tan dije ! » — Ó en infantiles juegos, jadean-

tes, de aire faltos, — salíamos un rato al patiecillo en altos — con techos de cristales, en ruidosa algazara, — temiendo que Amalita de pronto nos pillara.

Y cuando el sol ya oblicuo bajaba y el ocaso — tamizaba en los vidrios su resplandor escaso — en el balcón de nuevo, alegres, visionarios, — pasábamonos en sueños y comentarios, — contemplando los grupos que henchían las aceras, — señores, comerciantes, soldados y rameras, — ó mirando en el cielo la orquestación de tintas — que esparcía el crepúculo en vagarosas cintas.

Por las noches en fin, antes de irnos al lecho, — al balcón nuevamente acodados, de pecho, — confundidos los rostros, en tierno abrazo juntos, — siguiendo de los astros los luminosos puntos, — perdíamos en mudas contemplaciones, — en un silencio henchido de vagas emociones, — en tanto nos llegaba de la pastelería — el son de una vieja arpa que un zingaro tañía.

Otras noches salíamos á vagar en completa — libertad por la próxima plazuela Recoleta (8) — á través de las calles de opulentas magnolias — con grandes flores blancas entre las negras folias. — Ó tomando un tranvía de la línea Alameda, — en la imperial sentados, bajo la noche leda, — en dulce travesía de amor que nos abisma, — llegábamos gloriosos hasta la Estación (9) misma.

CAPÍTULO VI

Día á día venía ella menos inquieta, — dejando poco á poco todo afán ó etiqueta, — abandonándose con crecientes delicias — á los locos caprichos de mis tiernas caricias.

Ya no estaba nerviosa, dormía sin temores, — se ocupaba del cuarto que llenaba de flores — y para cada nuevo chiste que la decía — una amable sonrisa en los labios tenía.

Un día, sin saber de qué, amaneció enferma, — presa de violenta fiebre cruel que no merma. — Y hube de estar allí la tarde toda entera, — cuidándola solícito, cabe la cabecera, — dándola cien remedios con el más tierno modo, — abrigándola con mi propio sobretodo.

— Hay que estar buena para el domingo, decíala.

Y aceptaba sonriendo la droga que ofrecíala.

Otra tarde, ya buena, sentados cara á cara, — la pedí que su vida anterior me contara — sin ocultarla mi desconfianza acerca — de su virginidad...

Me miró ansiosa, terca, — como si no entendiese

bien lo que le pregunto. — Y como yo insistiera sombrío, cejijunto, — se echó á llorar de súbito, nerviosa, febrilmente.

Retiré emocionado mi pregunta imprudente.

La ciudad, entretanto, nos tenía ya hartos.

Llegó al fin el domingo. Y á la una tres cuartos — tomamos el ruinoso tranvía de Ñuñoa (1) — por el blanco camino largo como una boa, — orillado de chacras plantadas de frutales, — de sombrías tabernas y frescos maizales.

Bajamos en la quinta más popular, adonde, — en un rincón sombrero que la arboleda esconde, — tomamos el pastel (2) al son de una argentina — guitarra que tañían en la mesa vecina.

Después, ella en su traje de gasa azul muy maja, — muy maja en su florido sombrerillo de paja — que estrenaba ese día, juntando sin temores, — de rosales y lilas, un gran ramo de flores, — pasamos á la próxima quinta, que hallamos sola, — en la cual escanciamos sendas copas de kola, — y luego á otra en donde la patrona, una flaca — francesilla, ofrendónos una mata de albahaca, — y luego á otra, y luego á otra, y sin reclamo, — ella iba por doquiera engrosando su ramo.

Muy tarde ya, rendidos, tras la espera en la suelta — arena del camino, emprendimos la vuelta.

Encantadora vuelta en el veloz tranvía — que hora-

(1) Véanse las notas al fin del volumen.

daba el silencio de la noche sombría — por el camino negro cuyas blancas casillas — mostraban, de sus luces, las manchas amarillas, — charloteando y besándonos con loco aturdimiento — á la sombra del ramo que ella alzaba de intento...

CAPÍTULO VII

Entretanto los días corrían y el verano, — el verano empezaba con su esplendor insano.

Yo debía partir. Mi labor de agricultura (1) — me llamaba á la hacienda lejana, con premura. — Éste el fatal suceso, éste el crüel motivo — que desde el primer día me traía pensativo. — « ¿ Por qué hablóme la tía ? sin aquel contratiempo, — yo no habría intentado *sacarla* en ese tiempo... (2). » — ¿ Pero, qué hacer ahora ? Un hecho es como un muerto. — Yo debía partir. Sólo esto era lo cierto.

No había, pues, escape. Y esa misma mañana — torturando con la uña un torero ocre y grana — de la tapicería, buscando el mejor modo, — en unas cuantas frases se lo referí todo : — « ...El tiempo... la cosecha... Era asunto obligado... — Sin lo del matrimonio, yo no habría intentado... »

Cuando acabé de hablar, frío, con vista atenta, — apoyado en el muro esperé la tormenta. — Mas ella,

(1) Véanse las notas de este capítulo al fin del volumen.

inalterable, sin alzar la mirada, — inmóvil en su silla, no dijo nada, nada!

Sólo que aquella noche al entrar, ya resuelto, — encontréla tumbada sobre el lecho revuelto, — la cara entre las manos, los vestidos rugosos, — estremecida toda por febriles sollozos.

Me aproximé temblando con angustia infinita, — la llamé por su nombre muy bajo: « Margarita... » — La colmé de caricias, la besé con ternura, — asiéndola en los brazos, la alcé por la cintura, — y tras hablarla un breve instante en tono amable: — « Ya ves... yo también sufro... Vamos, sé razonable... » — á calmarse obliguéla, á salir persuadila, — poniéndola yo mismo el sombrero.

Y tranquila — ya, tomando el primer tranvía que encontramos, — por la Alameda abajo, sin rumbo, nos lanzamos, — á través de las copas de acacia florecientes, — hablando de mil cosas, calmadas, indolentes, — leyendo los letreros que la mirada alcanza — en tiendas ó almacenes: *La Linda... La Esperanza...*

Pero al siguiente día, sin desmayar un punto, — hubo que hablar de nuevo del doloroso asunto.

¡ Oh, qué cruelmente irónica aquella triste charla! — Tener que convencerla, tener que contentarla, — presentándola excusas, protestándola estima; — tener que persuadirla á visitar la prima, — la prima en cuya casa quedar ella quería. — « ¿ Y la tía... ? » « Eso menos... No vería á la tía... »

Un día nos quedaba. Yo me hallaba perplejo. — Subiendo aquella tarde, del sol bajo el reflejo, — por la

escala rojiza contra la pared verde, — en ese arroba-
miento en que el tino se pierde, — experimentaba esa
angustia contenida — que precede al instante de toda
despedida, — ráfaga de ternura que del alma se exhala,
— y envolvía á la amada, y á ese hotel y á esa escala...

Contra lo que esperaba, ella estaba tranquila, — el
vestido correcto, sin sombra la pupila. — Se ocupaba
del cuarto, iba de adentro afuera, — mudaba agua á
las flores, como un día cualquiera, — ó escuchaba los
párrafos de la *Fisiología — del amor*, (Mantegaza),
que yo al azar leía.

Pero en cuanto la noche tendió sus terciopelos, — sin
lágrimas inútiles, sin inútiles celos, — fué cayendo por
grados, como en un hondo abismo, — (tal una muerte
en vida) en singular mutismo, — tornándose imposible
para todo acomodo, — insensible, implacable, indife-
rente á todo.

Fué en vano que mimándola, hablándola contrito, —
ya en su azul vestidillo y su albo sombrerito, — llevá-
rala á la antigua pastelería francesa — para tomar sen-
tados un vaso de cerveza, — bajo la luz danzante y a
son de la vieja arpa — que el zíngaro tañía con su
maestra zarpa. — En vano que llevárala á pasear en
tranvía — por la Alameda abajo, bajo la noche umbría,
— á través de las copas negras de las encinas, — entre
las titilantes estrellas diamantinas.

Sin gestos de reproche, sin palabras de agravios, —
no levantó los ojos, no desplegó los labios, — inmóvil,
cual suspensa en un zona ignota, — sin acción, sin mi-
rada, sin voz, como una idiota.

CAPITULO VIII

Me sentía ofendido. Había en su mudanza — como un mudo reproche, como una desconfianza — falaz, que sublevábame. Y descorazonado, — cansado de rogarla, de sufrirla cansado, — tornándome á mi vez indiferente, frío, — entrando sin palabra, me recogí sombrío.

¡ Oh, la última noche ! Y yo, ¡ Dios ! que creía — que en lánguidos deliquios de amor transcurriría !

Ya de día claro, al despertar de repente, — en esa vaga angustia que al despertar se siente, — notando, al entreabrir los ojos, sorprendido, — que ella estaba despierta : « ¡ no se había dormido !... », — comprendiendo de súbito el tierno estado de alma — que ocultara esa noche bajo su fría calma, — qué honda onda, invadióme, de amargura y vergüenza — ante mi vil sospecha, ante mi cruel ofensa ! — « ¡ Oh, cuánto sufriría esa noche maldita ! — Y yo que sospechaba de su fe... ¡ Pobrecita !... »

Pero no había tiempo para aprensiones fútiles — y fingiendo no verla, sin palabras ya inútiles, — presa

de esa terrible serenidad inerte — que ha de sentir el reo poco antes de la muerte, — me comencé á vestir con mano sosegada, — sin hablar, sin mirar, sin reparar ya en nada.

Un momento absorbíme. Entreabrí la ventana.

Bajo la claridad azul de la mañana — aparecía todo en la atmósfera pura — con cierto aspecto de novedad y frescura : — las aceras de asfalto barridas ya á esa hora, — el cielo en que empezaba á blanquear la aurora, — la vitrina frontera de la pastelería, — el triste cerdo negro sobre la chanchería, — los hilos de teléfono, los árboles del Río (1) — y aun las mismas piedras de la calle...

¡ Oh, Dios mío ! — ¡ Qué enorme angustia muda, qué inmensa ansiedad tierna — la de aquella mirada de despedida eterna — con que envolviólo todo, en mi afán sin auxilio, — todo aquel bello cuadro de mi feliz idilio !

Tal es el hombre. Sólo sabe apreciar la perla — de su alegría cuando siente que va á perderla.

Estaba listo. « Vamos... » Presa de angustia doble, — me aproximé hacia el lecho donde ella estaba inmóvil.

Abrió los ojos húmedos, alzóse con quebranto... — Y se colgó á mi cuello, ahogada por el llanto. — Á mi vez estrechéla en mis brazos amantes... — ¿ Sintió ella en sus mejillas mis lágrimas quemantes ? — Lloramos

(1) Véase la nota al fin del volumen.

en silencio, en acerbo letargo, — juntos los labios en un beso largo, largo...

Tres veces apartéme con vacilantes pasos — y las tres, sin dominio, volví sobre sus brazos.

Por fin, tranquilizado ya, con conciencia cierta, — viendo que el sol subía, dirigíme á la puerta.

Mas al girar la llave, volviendo la mirada, — oyendo sus sollozos que ahogaba en la almohada, — torné sobre mis pasos y, en mi dolor tremendo, — la di un último beso... Y salí como huyendo!

FINAL

Historia asaz ingenua, historia asaz sencilla, — como un rayo del alba, como una florecilla — ó como un sueño cándido. Asaz sencilla historia — de insólitos ardores, de dicha transitoria, — en el marco de oro de los días de estío. — Tal una margarita perlada de rocío.

Yo se la ofrendo tierno á la adorable niña — de ojos verdes y tristes como autumnal campiña, — de lindos, claros dientes, bajo la luz del día, — sarta de perlas en el coral de la encía; — de talle delicado; de manos y pies breves, — finos como las sedas, puros como las nieves.

Yo tierno se la ofrendo á la dulce muchacha — que prefirió, á la honra de una vida sin tacha, — el amor de un artista, « un loco sin sentido, — un seductor de oficio, un poeta, un perdido, .. » — que no tiene en la vida mayor bien y tesoro — que los vibrantes puntos de su pluma de oro !

NOTAS

PRELIMINAR

Pág. 6, línea 2.

He aquí cómo se expresa Saint-Georges de Bouélier en sus simbólicas disertaciones de *La Résurrection des Dieux*, comprendidas en su último libro, *Choix de pages*, que acaba de enviarnos: « Un poeta canta la aurora, el estío. El cántico en que los celebra no le pertenece. Es de ellos de quienes lo ha aprendido — himno enorme, égloga de oro. Lo que él canta ellos lo murmuraban. Grito interior que él siente como el del torrente en las tinieblas. Así, él ignora lo que canta. Él no comprende más que los ecos... La Naturaleza le enseña los ritmos... Él *no crea nada*. Siendo á su vez océano, esclavo, rama balanceada, estrella, fuente, aurora, sauce blanco, amapola de oro ó gallo, — él escucha lo que gritan los espectros. Él asiste al concierto de los arcángeles y de las flores. La Naturaleza por su boca se expresa. » Y en otro pasaje: « No es el poeta quien crea los ritmos, es el ritmo esencial de las cosas el que *scande* y dirige al poeta... »

Pág. 6, línea 16.

León Tolstoï explaya largamente esas ideas en su conocido libro *¿Qué es el arte?*, que tanta resonancia tuvo á

su aparición. Un distinguido crítico de arte, francés, Camille Mauclair, ha expresado ideas análogas en la *enquête* de Georges le Cordonnel y Charles Vellay : « Á mi entender, ha dicho, si el arte no se torna social, estallar^á. El socialismo triunfará infaliblemente. El pueblo renegará de nosotros si no hemos sabido hacerle comprender que les somos útiles. Así, yo pienso que la sola actitud inteligente de un escritor es ser favorable á todo lo que nos venga del pueblo. » ¿No es verdad que parece extraño este lenguaje en boca del *valiente* panegirista de Stephan Mallarmé y Gustave Moreau ?

Pág. 7, línea 2.

Jean Moréas que, aislado en la inviolabilidad de su retiro, parecía haber desertado de su puesto de teorizante del Romanismo, ha manifestado en la *enquête* citada su sólida fe en el renacimiento clásico moderno. Ha dicho : « Es indudable. Se retorna al clasicismo de todos lados, en verso y en prosa. Sin duda hay en este asunto, al lado de algunos buenos espíritus, mucha gente que no hace más que confusión y charlatanismo. Pero, ¿qué importa? Un ignorante admirador de Racine vale todavía más que aquel que desprecia á sabiendas el arte perfecto del gran poeta. »

Pág. 7, línea 16.

El joven poeta Paul Souchon ha escrito, hace poco, refiriéndose á la reforma métrica : « Yo creo que el verso libre es un error, una verdadera falta de gusto, un compromiso sin valor, y que las obras escritas en esta manera morirán enteramente... » Y Maurice Magre, otro poeta joven y talentoso : « Estimo que con el simbolismo ha pasado también el tiempo del verso libre. Ninguna obra maestra le ha impuesto en lengua francesa. »

Pág. 7, línea 17.

He aquí lo que ha respondido el gentil poeta Emile Verhaeren respecto al verso libre en la *enquête* arriba citada : « Si yo creo en el porvenir del verso libre! ¿Cómo no creer cuando los Laforgue, los Régnier, los Griffin, los Moréas, los Khan, los Van Lerberghe, los Merrill han hecho obras magníficas y profundas, sirviéndose de esa forma de arte, antes de ellos desconocida? No son los razonamientos, las consideraciones documentadas, las críticas entusiastas ú hostiles lo que ayuda ó impide producirse una reforma. Son las obras felices ó fracasadas las que la imponen ó la arruinan. ¿Y quién osará todavía — á menos de obrar de mala fe — rechazar de la literatura francesa *l'Hiver qui vient, Arethuse, la Chevauchée d'Ieldis, le Pèlerin passionné, les Chansons d'amants, la Chanson d'Ève, les Quatre Saisons*? Esos poemas se imponen á la admiración de una manera tan soberana que, por el hecho de que ellos existen, el verso libre es indestructible. » Y el distinguido autor de *Arethuse*, Henry de Régnier, ha dicho estas justas palabras : « Yo creo que hoy el verso libre está constituido como un instrumento. Pero su porvenir depende de los poetas. Puede ser que no tengan éstos ahora necesidad de servirse de él. Su aparición, al contrario, respondió á una necesidad, y á una necesidad tan real que diversos poetas tuvieron la idea de usarle al mismo tiempo. Cada uno aportó á su estructura su manera de ser y de comprender, y de esas maneras el instrumento se ha formado. Él ha aumentado los modos de expresión poética. Así, él representa una contribución que no es sin utilidad, pues es excelente que los modos de expresión sean variados hasta lo posible. Es un útil que se juntan á los que ya existían y que aumenta, puede decirse, el material de la poesía. »

BLANCA VARGAS

Pág. 16, línea 20.

En Chile, donde las haciendas son generalmente extensas, es costumbre que el patrón ó el mayordomo anden el día entero á caballo para poder atender convenientemente los trabajos ó explotaciones.

Pág. 19, línea 1.

Santiago. Capital de la República de Chile. Hermosa ciudad de trescientos mil habitantes, situada en el centro del valle longitudinal, uno de los más grandes y bellos del mundo, sobre el río Mapocho y al pie de los Andes eternamente nevados y azules. Compuesta de hermosos palacios en su parte central, conserva aún barrios con el aspecto pintoresco, casi morisco — casas bajas, grandes patios, balcones de hierro — de la dominación española, y está encerrada por arrabales que son un ramillete de frutales y alamedas. Cuenta con numerosos teatros de ópera y drama, un Museo Nacional de zoología y antigüedades y un Museo de Bellas Artes, donde tienen lugar los Salones anuales de pintura y escultura.

Pág. 20, línea 26.

Maqui. Pequeña fruta oscura de sabor azucarado, producto del arbusto aborígen de este nombre; muy

gustada por los campesinos, sobre todo por los niños, cuya favorita diversión en el verano consiste en internarse á través de los bosques en su busca. Como su color obscuro deja, al comerla, la huella en los labios, es frecuente ver en ese tiempo las bocas infantiles graciosamente azules.

Copihue. Fruta de la trepadora de este nombre, que consiste en una baya verde llena de una pulpa blanda y dulce. Las flores de esta planta, rojas ó blancas, de forma de azucena, son muy hermosas y producen sobre los árboles á que se enredan efectos de insólitas joyas. Es nuestra más bella flor indígena.

Pág. 24, línea 14.

La situación del proletario rural en ciertas provincias de Chile no es muy halagüeña. El jornal es reducido, y el patrón comúnmente duro y torpe. Y así, esta situación sería deplorable sin la benignidad de la naturaleza pródiga y espléndida.

Pág. 25, línea 10.

En las haciendas apartadas ó en las pequeñas propiedades se conserva aún la vieja costumbre de trillar con manadas de yeguas. Es un espectáculo pintoresco y característico, descrito muchas veces por nuestros costumbristas. Generalmente se coloca la era en las partes altas, contando con el viento para el efecto de separar el grano de la paja.

Pág. 25, línea 12.

Guaso. Apodo genérico del campesino chileno.

Pág. 25, línea 12.

Poncho. Prenda de vestir muy usada por el hombre de campo, sobre todo para subir á caballo, generalmente de colores vivos, ó bien obscura y ornada de tres anchas listas rojas, verdes ó amarillas.

Pág. 26, línea 3.

Casi en todas las haciendas antiguas existe la vieja alameda de entrada, al fin de la cual aparecen las casas albeantes de cal.

Pág. 26, línea 10.

La guitarra es el instrumento popular del país. Al contrario de lo que sucede en España, son las mujeres las que lo tocan.

Pág. 26, línea 11.

Canelo. Árbol aborígen, diferente del que produce la especia de este nombre, muy hermoso por sus grandes hojas lustrosas y plateadas.

Pág. 26, línea 12.

Ramada. Se llama así la construcción provisional, generalmente hecha de ramas, en que se da de comer y beber á los trilladores. Cuando la trilla tiene lugar en terrenos selvosos, se elige casi siempre para el caso algún bosque propicio por su sombra y su vertiente de agua.

Pág. 26, línea 21.

Cueca ó Zamacueca. Danza nacional, acaso derivada de la jota española, pero llena de indolencia y melancolía, sin la violencia y la agitación propia de aquélla. La música es de una monotonía adormecente y una ternura desgarradora. Y la letra, generalmente en seguidillas, trata por lo común de amores desgraciados, recuerdos ó adioses de una amada ida que nunca volverá.

Pág. 29, línea 7.

Hace algún tiempo se ha implantado en la República el servicio militar, que obliga á todo ciudadano á hacer vida de cuartel durante dos años.

Pág. 34, línea 2.

No es raro que las personas sentimentales, sobre todo las mujeres, aun en lo más apartado del campo, conserven esas « libretas misteriosas » en que apuntan las bellas canciones ó las poesías que les seducen en libros ó periódicos.

Pág. 41, línea 13.

Lucho. Familiar de Luis, muy usado en Chile.

Pág. 42, línea 11.

Diuca. Ave pequeña originaria de Chile, de hermoso plumaje gris azulado. Como la golondrina, hace su nido en los aleros de las casas, y su canto cotidiano á la hora del primer albor, es algo así como el reloj del campesino.

Pág. 45, línea 14.

En las haciendas del Sur la corta de la uva se efectúa por medio de mujeres, casi siempre muchachas. Así, es este un trabajo de una gracia y pintoresco singulares.

Pág. 54, línea 14.

Las discusiones políticas son una de las plagas de la vida social de Chile, sobre todo, en provincia, donde el tema de conversación escasea. Toda vez que se encuentran dos « personas de opiniones », la discusión, ya en tono amable, ya en son de disputa, estalla. Por lo demás, el cura y el médico son, puede decirse, los representantes de las dos grandes corrientes de ideas en el país: el liberalismo y el conservantismo.

TULIO AGUIRRE

Pág. 64, línea 1.

Todos los años, de Junio á Noviembre, canta en Santiago una compañía de ópera italiana, contratada, especialmente, por un empresario, subvencionado por la Municipalidad. Así, notables artistas nos visitan constantemente y las más grandes óperas del día son conocidas del público.

Pág. 67, línea 5.

La Alameda. Ancha y hermosa arteria, formada por tres avenidas de árboles, pobladas de estatuas, que atraviesa la ciudad de Poniente á Oriente, en una extensión de más de dos kilómetros. *pon más de tres*

Pág. 67. línea 12.

Colegio de San Ignacio, de los Jesuítas. Importante establecimiento, en el cual se educan los jóvenes de las familias principales, aun los hijos de personas ultrarrojas.

Pág. 68, línea 8.

Viña del Mar. Pequeña población de *villas*, muy bella,

lugar de veraneo del gran mundo. Hay en ella un elegante Hotel, en que las parejas de Santiago, en viajes de novios, acostumbran pasar la primera noche de luna de miel...

Pág. 71, línea 17.

El Municipal. Hermoso teatro lírico, construído sobre el plano de la Opera de París. Uno de los pocos teatros de ópera del mundo.

Pág. 75, línea 9.

El Centro. La parte de comercio de lujo, y más justamente, la manzana comprendida entre la Plaza Principal y las calles Estado, Ahumada y Huérfanos.

Pág. 75, línea 11.

Diez y ocho de Septiembre. Aniversario de la primera junta de Gobierno nacional, que aseguró la independencia del poder de España, reunida en Santiago el diez y ocho de Septiembre de 1810. Todos los años se celebra esta fecha en la República con ruidosas fiestas cívicas y populares.

Pág. 75, línea 12.

El Mapocho. Río que corta la ciudad en la misma dirección de la Alameda, algo más al norte, encerrado en sólida canalización, orillada de avenidas y cruzada por puentes metálicos.

Pág. 75, línea 15.

El Parque Cousiño. Parque y jardines de la ciudad, donde tiene lugar el paseo de lujo de coches y automóviles. Toma el nombre de su antiguo propietario el señor Mátías Cousiño, que lo legó á la Municipalidad.

Pág. 75, línea 7.

Veinte de Septiembre. Día en que se efectúa la carrera oficial, nuestro *Grand Prix*, con asistencia del Presidente de la República. Carrera que tiene lugar en el Club Hípico, extensa cancha con dos pabellones de tribunas, situada en hermosa planicie al S. O., de la ciudad.

Pág. 77, línea 4.

Carro. Nombre que se da generalmente en Chile al tranvía.

Pág. 81, línea 4.

Manto. Prenda de vestir femenina, parecida á la mantilla española, pero más amplia y de género de lana ó seda, nunca de encajes, que, como aquélla, se echa sobre la frente y se prende bajo el óvalo. Usada, generalmente, para ir á la iglesia, se le lleva también para salir de mañana, entre la gente acomodada, y á toda hora entre la gente del pueblo.

Pág. 81, línea 5.

Pololo. Apodo que se da en Santiago al enamorado.

Pág. 83, línea 16.

Club de la Unión. Centro social del gran mundo, situado en la calle Bandera, esquina de Huérfanos.

Pág. 84, línea 1.

Los Tribunales. Antiguo palacio en que funciona la Corte Suprema de Justicia.

Pág. 84, línea 7.

La justicia, generalmente bien administrada en Chile, deja que desear cuando se trata de criminales de gran posición.

Pág. 84, línea 12.

Portal Fernández Concha. Arcadas de comercio sobre la Plaza principal, por las cuales pasean de preferencia las cortesanas.

Pág. 84, línea 22.

El Santa Lucía. Pequeño cerro natural, situado en el centro de Santiago, convertido en parque suspendido, de efecto incomparable; surcado de avenidas sombreadas de árboles y arbustos, y escalinatas practicadas en la roca y lleno todo de bosquetes, parterres, grutas, yedras, balaustradas y mármoles. Paseo, por su originalidad y su belleza, único en el mundo.

Pág. 85, línea 1.

Entrada por la antigua calle de Bretón.

Pág. 85, línea 4.

Pintoresco restaurant edificado sobre una terraza, de que se disfruta de incomparable vista sobre la ciudad.

Pág. 85, línea 5.

Construcción ligera, madera y hierro, que sirve de teatro de opereta, abierto al público en la primavera y el verano; muy bello hasta hace poco, con su aspecto de invernadero, en que los pilares fingían palmeras y las bombas de gas, luminosos frutos; pero despojado últimamente de su carácter pintoresco, so pretexto de ensanche y reparación, por obra de un burgués empresario y tolerancia del mal gusto municipal.

Pág. 85, línea 8.

Kiosko metálico, situado en la más alta roca del cerro, parecido al que corona la cima de la *Butte Chamont* en París.

Pág. 87, línea 8.

Acontece en Chile, que la mayoría de los diputados y senadores no son hijos de la provincia que los elige, sino señores de Santiago ó de otras provincias, naturalizados santiaguinos, pertenecientes á la clase rica, é indudablemente más entendidos en ciencias políticas ó diversiones mundanas que en las necesidades ó aspiraciones de sus provincias. Así acontece que los jóvenes del gran

mundo, llegados á cierta edad, aspiran á una candidatura á diputado como en países monárquicos aspirarían á condecoraciones ó títulos nobiliarios. Y nuestro Gobierno es republicano unitario. ¿Qué esperanza para la provincia?

Pág. 88, línea 3.

En Chile, la bancarrota de las profesiones liberales, sobre todo, de la abogacía, por la gran concurrencia, es un hecho lamentable. De donde viene el eterno acecho de los jóvenes titulados tras el puesto público, la continua aspiración á vivir, como allí se dice, á costilla del Fisco. Es á esta juventud, entiéndase bien, á la que el protagonista se refiere con tan rudos calificativos. Pues existe otra, la que sale de las escuelas de Agricultura, de Artes, de Comercio, ó la que se forma en el aislamiento del Laboratorio, de la Biblioteca ó del cuarto de trabajo, que no merece sino los más honrosos títulos.

Pág. 88, línea 7.

La Catedral. Antigua construcción de piedra, estilo español, algo pesada, pero llena de majestad, verdadera reliquia de la época colonial, bárbaramente deformada hace pocos años por una completa *reparación*, que cuesta buenos miles al Fisco y al arzobispado. Baste decir que la piedra interior ha sido pintada al óleo y la exterior revestida de muros de ladrillos terminados por dos ridículas torres metálicas. Una verdadera *barbaridad*. Si se quería catedral más moderna, sobra terreno en Santiago para construir una nueva. Pero respétense los pocos monumentos antiguos que poseemos. En Europa, donde hay tantos monumentos históricos, si alguien intentara cosa parecida, la opinión pública apedrearía al sacrilego.

Pág. 88, línea 22.

Los Yankis. Es temperamento corriente en Chile la indiferencia y hasta el desprecio por el llamado peligro yanki, que tanto preocupa á otras Repúblicaa hispano-americanas. Mas no es posible olvidar que los pueblos más viriles, si descuidan sus costumbres cívicas, deberán fatalmente ser presa de los grandes países, por naturaleza dominadores.

Pág. 89, línea 9.

Es costumbre tradicional en Santiago, anunciar la hora exacta del meridiano, comunicada telefónicamente desde el Observatorio, por un cañonazo, lanzado desde lo alto del cerro Santa Lucía.

Pág. 96, línea 27.

Chile ha brillado siempre por su pureza administrativa. Prueba de ello es un hecho de la revolución del 91. Al entrar los revolucionarios al poder comprobaron admirados no encontrarse la menor partida de gastos del gobierno caído que no estuviese perfectamente justificada. Sin embargo, estos últimos años, más de un escándalo ha agitado las opiniones, trascendiendo á la prensa. Además, hoy el tipo de « agente administrativo » alcanza marcados perfiles. Por fortuna parece que el movimiento de regeneración ha comenzado ya.

Pág. 100, línea 7.

El baile es una verdadera aberración de la vida social

chilena. Dondequiera que se encuentre una pareja de jóvenes, así sea á la luz del día, no falta quien preludie algo y el baile se organiza. No se concibe una reunión divertida en que solamente se charle ó se haga música... Hay que bailar...

MARGARITA ARTIGAS

Pág. 115, línea 16.

Existe en Chile la preocupación de atribuir á los poetas los calificativos de loco, perdido, vagabundo. De manera que, lo que en toda sociedad culta es un señalado honor, en la nuestra se trueca en motivo de escarnio ó sello de ridículo. Un distinguido poeta nacional nos contaba que, en cierta ocasión, habiendo sido presentado á una dama con las palabras de : el poeta señor Tal, se vió obligado á protestar, asegurando que era objeto de una mala broma... Y no obstante, á pesar de lo dicho por ciertos críticos mal informados, Chile no es país infecundo en artistas. Si en sus primeros años, ocupado en el trabajo de base de su prosperidad material, no presenta mayores personalidades, cuenta hoy con una brillante pléyade de jóvenes artistas, á la cabeza de los cuales, uno de los poetas más grandes en lengua española : Pedro Antonio González.

Pág. 119, línea 2.

Plaza de Pedro Valdivia. Plazuela en el Santa Lucía, situada á gran altura, en que se alza en mármol la estatua del descubridor, Don Pedro de Valdivia. Cubierta de floridos parterres, tiene al fondo un pequeño estan-

que alimentado por cristalina cascada, que se despeña de la roca entre estalactitas y enredaderas. Es uno de los sitios más bellos de ese paseo.

Pág. 120, línea 2.

Gruta de la Cimarra Encantada. Gruta natural en la cual, se dice, los estudiantes de antaño, cuando el cerro era un lugar abandonado, acostumbraban pasar las horas hurtadas al estudio, *hacer la cimarra*.

Pág. 120, línea 4.

Las rocas del Santa Lucía están todas cubiertas de iniciales, fechas, exclamaciones, versos ; por lo general, recuerdos sentimentales llenos de misterio y ternura en su laconismo.

Pág. 120, línea 22.

Calle del Puente. Arteria de comercio que debe su nombre al antiguo « puente de calicanto », obra de la Colonia, en el cual desembocaba.

Pág. 120, línea 25.

La Plaza principal, llamada antiguamente Plaza de la Independencia, formada por un solo gran jardín, rodeado de una ancha avenida circular.

Pág. 120, línea 26.

Quinta Normal. Jardín Zoológico en que se encuentra el Instituto Agrícola, el Museo Nacional y el Pabellón

de Bellas Artes. Muy pintoresco con sus grandes árboles, sus jardines, su lago, su elegante restaurant, es uno de los paseos más bellos de la ciudad.

Pág. 124, línea 2.

Parque Forestal. Parque situado á orillas del Mapocho, extremo oriente, en terreno tomado á la hoya del río después de la canalización. Hay en él un gran lago surcado de ligeras embarcaciones, un pequeño bar y diversos juegos y entretenimientos.

Pág. 124, línea 16.

Durante la temporada de buen tiempo funcionan constantemente circos bajo la lona á orillas del río. Es costumbre tradicional.

Pág. 127, línea 3.

Llano Subercaseaux. Camino ancho, todo poblado, de los alrededores, en que está la iglesia de la parroquia San Miguel.

Pág. 123, línea 5.

Chacra. Se llama así la propiedad sita á corta distancia de la ciudad.

Pág. 123, línea 6.

Empanada. Plato favorito de la cocina chilena.

Pág. 127, línea 6.

Excelente vino, producto de viña francesa en terreno chileno, muy aparente para viñedos.

Pág. 127, línea 9.

Roto. Genérico del proletario chileno, un si es no es despreciativo pero muy usado.

Pág. 128, línea 22.

Chanchería. Nombre que se da en Chile á la tocinería.

Pág. 128, línea 24.

Casa de Remate. Se llama así en Chile á las casas de subasta comercial.

Pág. 129, línea 22.

Plazuela del convento de Recoletos Franciscanos, situada al borde norte del Mapocho ; por la noche, ordinariamente solitaria y sombría.

Pág. 129, línea 28.

Estación Central de los ferrocarriles del Estado, sita al término oeste de la Alameda.

Pág. 132, línea 7.

Nuñoa. Pequeña población de los alrededores de San-

tiago formada de *villas* y quintas de recreo, donde acude numerosa concurrencia los domingos de primavera. Está ligada á Santiago por un ferrocarril de sangre en connivencia con el eléctrico de la ciudad.

Pág. 132, línea 13.

Pastel de pasta de maíz relleno, muy conocido y apreciado.

Pág. 135, línea 3.

Hay en Chile buen número de propietarios rurales que pasan la temporada de invierno en la ciudad, trasladándose á la hacienda solamente en verano para atender los trabajos de la recolección. Es el caso del protagonista.

Pág. 135, línea 8.

Es decir, en la primavera, época próxima al tiempo de la cosecha.

Pág. 140, línea 12.

Árboles de las avenidas que corren á lo largo del Mapocho.

ÍNDICE

PRELIMINAR

El Arte de Hoy.....	3
---------------------	---

BLANCA VARGAS

Primer capítulo	15
Capítulo II.....	19
Capítulo III	23
Capítulo IV	25
Capítulo V.....	29
Capítulo VI	33
Capítulo VII.....	37
Capítulo VIII.....	42
Capítulo IX.....	45
Capítulo X.....	49
Capítulo XI	53
Capítulo XII.....	57

TULIO AGUIRRE

Primer capítulo	63
Capítulo II.....	67

Capítulo III	71
Capítulo IV	75
Capítulo V	79
Capítulo VI	83
Capítulo VII	87
Capítulo VIII.....	91
Capítulo IX	95
Capítulo X	99
Capítulo XI	103

MARGARITA ARTIGAS

Proemial	109
Primer capítulo	111
Capítulo II.....	115
Capítulo III.....	119
Capítulo IV.....	123
Capítulo V.....	127
Capítulo VI.....	131
Capítulo VII.....	135
Capítulo VIII.....	139
Final	143
NOTAS.....	145